

The background of the image is a desert landscape featuring layered, reddish-brown rock formations that create a sense of depth and texture. The sky above is a clear, bright blue. The overall aesthetic is gritty and industrial, fitting the cyberpunk theme.

**DEU**

**DEAS**

**CYBERPUNK MESETARIAN**





*Acaba rápido, chaval, no tenemos todo el día.* La seca voz de Silver Nene resonaba con fuerza en la sala de audio. Años de fumar como un carretero esos cigarros de mierda que llegaban de contrabando, traídos generalmente por los grupos de nómadas que vagaban por la Península habían dejado la garganta del latino hecha trizas. Rat siempre bromeaba sobre que debería haber tocado en uno de esos grupos de metal de la vieja escuela, esos que, huyendo de los sintetizadores y moduladores de voz, solo usaban guitarras y baterías a todo trapo y que podían encontrarse en algunas de las zonas echadas a perder del centro. Me estaba mirando. Sentía sus ojos clavarse en mi nuca mientras el amordazado que tenía delante me miraba con fiereza. Sin embargo, seguro que estaba acojonado. Él, no yo. La iba a palmar con dignidad y sin embargo, el reconocimiento de patrones no mostraba que estuviese muerto de miedo, como lo estaría yo en su misma situación. Igual sabía algo que yo no sabía. Puede que fuese uno de esos neo católicos que creen en la vida eterna tras la muerte y no se dejaban cremar ni se desinstalaban los implantes para acercarse más a la Divinidad.

Escuchaba la voz de Nene, Rat y Lucía hablando detrás de mí, comentando los planes para después. Qué frialdad. Decían de ir a ver al Conde. Hoy había hora feliz y eso siempre lograba un buen ambiente en el bar. Se me había olvidado, todavía era martes. Ahora mismo sólo tenía la mente en la Flynt 12 que sujetaba mi mano derecha, casi temblorosa entre el peso de la pistola y mis propios nervios. Escuché carraspear a Silver Nene una vez más y volví a mirar a la que sería mi primera víctima a sangre fría. Porque una cosa era el calor del momento, la lucha en las calles o entre las ruinas y otra... esto. Agarré la pesada pistola con la otra mano y apreté el gatillo, cerrando los ojos en ese instante, sin pensarlo. De cabeza a la piscina. Un chasquido hueco sustituyó al fogonazo que esperaba... ¿Se había encasquillado? Abrí los ojos lentamente. No encontré la escena que esperaba, sangre en el suelo de tierra y un cuerpo sin vida. Ante mí, el hombre se comenzó a reír a carcajadas. Me lo tomé como algo personal y con cierta rabia, volví a apretar el gatillo. Nada. Un chasquido tras otro, hasta el que el potente brazo de Silver Nene me agarró del hombro y me dio un par de palmadas suaves en la espalda.

—Buen trabajo, chaval. La verdad es que no pensábamos que tendrías agallas.

Me toca pagar la primera, por lo que parece.

Lucía estaba jovial.

— Te dije que al final lo haría. Sabía que, definitivamente podíamos confiar en él. Pero menudo arrebató, algún día te va a perder el orgullo, Ice.

El hombre del suelo se levantó tranquilamente, sacudiéndose el polvo y la tierra que había quedado en sus pantalones militares. Se acercó a Nene, le estrechó la mano y se encendió uno de esos cigarros de penosa calidad, con el papel verde azulado, que venden los quiosqueros ambulantes que vagabundean por la Calle Mayor cuando han cerrado los negocios. Muchas tardes podías verlos liándolos a mano, simplemente para pasar el rato, a pesar de tener las máquinas de liar automatizadas al lado. Algunos, los más sibaritas, decían que se notaba la diferencia. Rat cogió la pistola y me mostró la empuñadura: seguridad de ID. No iba a disparar por mucho que apretase el gatillo. Se guardó el arma en su cinturón y entre comentarios, marchamos hacia las pick ups en las que habíamos llegado.

Me sacudió, por un instante, el pequeño calambrazo en la cabeza, como una punzada, que solía dar a los usuarios de implantes de red de baja calidad cada dos o tres conexiones. Los mensajes en el foro estaban corriendo ya de un lado a otro.

95%...97%...100%...ID: \*\*\*\*\* alias "ICE".

*//Aurora: Lo hizo al final?? Mierda, te debo pasta Lucía.*

*//Wish: Valiente mamón...la primera siempre es la difícil. Seguro que no miró. //Rat: Cerró los ojos como un bebé, me debes una extra, Wish. //Wish: ¿Vais al Conde? Ahora me paso por allí si quieres y te lo pago. Me has vendido, Ice, perro.*

*//Rat: Vamos para allá, llegaremos en 30.*

*//Aurora: Nos vemos otro día, familia, tengo cierre.*

*//SilverNene: Uhhhhh, dale caña, nena. Luego nos cuentas. ¿Es algo serio? //Aurora: Soy una dama, no hablo de esas cosas.*

*//SilverNene: Si es bueno la siguiente la pagas tú.*

*//Wish: Seguro que es bueno. Pero podías haber avisado a tus amigos para estas cosas (sad)*

*//Aurora: No, que toca repartir, todo para la nena. Nos vemos luego. —Aurora salió—*

*—Ice salió*

Sentado en la parte de atrás, el aire caliente me daba en la cara mientras la música de Nene intentaba conectarse a mi audio. Por suerte, sus conexiones en el coche estaban siempre bloqueadas desde que un viaje de una hora se me hizo infernal, saltando de pista en pista sin dejar nada más de un minuto. Y lo que menos necesitaba ahora era latineo puro y duro de dudosa calidad musical reventando mi cerebro. El desconocido mandó una petición para conectarse a mi audio mientras me hacía señas con las manos para que le aceptase. Asentí con la cabeza.

— Buen trabajo ahí fuera. La verdad es que te llevo viendo unas semanas y siempre pensé que lo harías. No dudé de ti, Ice. Pero admito que no es un buen trago.

— ¿Pasaste por esto?

— Algo similar, a cada uno nos toca una cosa. Muchos se han quedado a mitad de camino, también te digo. Pero lo has hecho bien. Esperemos que nunca tengas que hacerlo de verdad...

— Gracias, supongo. ¿Quién eres, por cierto?

— Doble. Eso me llaman por aquí. Pero vaya, que no nos veremos mucho. Parto mañana hacia el norte, debe haber cosas interesantes por allí.

Más que aquí, seguro. No es que haya mucho que hacer en La Meseta, a menos que trabajes en los campos de sol, lleves algún pequeño negocio, seas un techie o te dediques a la vida de la calle. Nosotros éramos de los últimos y como siempre, de lo peor. Nene sí que debía haber trabajado hace años en un campo, pero se retiró tras un accidente. No le pagaron nada, a pesar de que fue un fallo de la maquinaria, pero los buenos abogados hacen milagros, sobre todo cuando tú eres un currante que no puede pagar uno... El primer palo del latino fue a esa empresa, nadie le culpa, todo sea dicho, y desde entonces, a vivir al día, golpe tras golpe y, a veces, cadáver tras cadáver. Pero esa era nuestra vida, al fin y al cabo. Por lo menos tenía emoción.

La charla con el desconocido se alargó durante unos minutos, hasta que la ciudad apareció a lo lejos. Siempre me resultaba curiosa aquella escena, ese paisaje. Los campos de sol se terminaban, el mar de placas de aleación, receptores y baterías se extendía a nuestras espaldas, hasta donde alcanzaba la vista y adelante, un yermo de varios kilómetros hasta la entrada. Nada. Tierra baldía, seca desde hace años. Los muros y las verjas vigiladas de los

campos ponían una frontera clara entre el dinero y la mugre, entre la gente que comía carne sintética un par de veces a la semana, o fruta fresca, y los que comíamos comida para perros casi todos los días, o alguna sopa o ensalada a base de verduras modificadas que se cultivaban en los invernaderos del centro de la ciudad. Elegante todo. Silver Nene conducía a todo trapo y saltábamos de vez en cuando por los baches de la mal asfaltada carretera, una pista que empeoraba a medida que nos acercábamos a los límites de la ciudad. Nos detuvimos cerca del puente, supongo que alguno de nosotros tenía negocios. Nene paró el motor, mientras Lucía y Rat se bajaban del coche. Doble y yo nos asomamos por la parte trasera de la pick up. Unos viajeros habían salido a recibirnos. Bien vestidos, dentro de lo cabe. Las piernas de uno, con un acabado en óxido verdoso destacaban entre las tiendas de polímero blanco y cuerdas. La caldera central del campamento dejaba escapar un humo negro que se elevaba hacia el cielo y, de vez en cuando, alguna persona se acercaba mirar la presión o echar algo más de combustible. Varias carpas de gran tamaño albergaban los diferentes núcleos familiares y en el ambiente se podía notar un delicado aroma a sopa de racionamiento cargada de especias que se mezclaba con el olor a combustible quemado. Encaramados a unos postes de madera, un trío intentaba pinchar el tendido eléctrico que corría desde los campos hacia Valladolid, mientras otros curiosos miraban la escena o evitaban hacerlo por miedo a ver cómo sus familiares se convertían en carne chamuscada. La pareja y los viajeros tenían bastante buen rollo y tras un par de minutos, sellaron algún tipo de trato con un apretón de manos. Esperamos un poco más, hasta que volvieron con un par de bidones de combustible y los cargaron en la parte de atrás de una de las pick ups. Todo parecía haber ido bien, así que volvimos a ponernos en marcha, entrando en la ciudad. Mientras galopamos por las calles, veía todo diferente. Como con otros ojos. Ahora era parte de algo más grande y eso me sentaba bien. Más seguridad, que, por supuesto era de agradecer, pero también más deberes. Sin pausa y con prisa, Silver Nene cabalgaba la pick up y la domaba entre los grupos de coches y motos que estaban circulando por la carretera o aparcados sin orden por todas partes. Las luces de los letreros y los hologramas viajaban sobre mi cara y la de mi acompañante en la parte trasera, los dos agarrados como mejor podíamos a las barandillas del vehículo, intentando no salir despedidos cada vez que doblamos una calle. Los volantazos, controlados en mayor o menor medida, me sacaron de mis reflexiones hasta que llegamos a la zona centro, aparcando casi en la puerta de la Catedral.

Claramente, el bar no se llamaba así, pero el mote se le había quedado pegado como un animal a un parachoques con el paso de los años. Su regente, un aristócrata local que se hacía llamar, simplemente, El Conde, había decorado el bar con una gran variedad de elementos que creaban una parafernalia religiosa en el interior, porque decía con frecuencia que hasta el diablo tiene sus milagros, y si debía mostrarlos al mundo, sería en un bar, lógicamente. Con una reverencia, me dejaron abrir la pesada puerta metálica y entramos. Un fogonazo de focos de luz y un aplauso cálido, aunque no global, nos acompañó a medida que cruzábamos la puerta. Una vez pasado el sobresalto, atravesé el bar hasta nuestra mesa habitual, recibiendo palmaditas de la fauna local en la espalda y algunas transferencias instantáneas de poco valor con notas de felicitación. Bajo aquellas luces de neón amarillo pálido, con todos los ojos sobre nosotros y una cantidad de dinero sugerente, me sentía más cercano al éxito que en toda mi vida. Por lo menos, al éxito que puede lograrse en la Meseta si no perteneces a la aristocracia o eres un *don* criminal. Debajo de un crucificado envuelto en una maraña de claves estaba nuestra mesa, en la que había ya varias personas, conocidos todos, esperando

nuestra llegada. Wish, con una capa de plumas sintéticas, estaba cogiendo una copa de Martini con soltura, aunque había varias más sobre la mesa, ya vacías, pero con la aceituna intacta. *Es que engorda*, como solía decir ella. Se levantó rápidamente y me dio un abrazo, felicitándome mientras me susurraba al oído con su voz melosa. Su pelo rubio, teñido en algunas zonas con mechas de color rosado me envolvió. Me costó separarme de ella y casi no lo hice hasta que Lucía logró darme un empujón y sacarme de mi ensimismamiento. La chica miraba algo mal a su compañera.

— Apaga eso, anda. Estás dejando el ambiente como un cuarto de motel barato.

Inmediatamente, Wish se sentó, algo sonrojada.

— Perdona, estaba intentando que el camarero de hoy invitase a la siguiente...Potentes, ¿eh? Se las compré a un techie hace un par de días y no había podido estrenarlas, pero la verdad, creo que si el efecto va a ser igual en todos los hombres, son las mejores feromonas sintéticas que he comprado nunca.

La chica se llevó los dedos, adornados con una perfecta manicura de carbono, seguramente, al cuello, señalando dos ligeras protuberancias bajo la piel, casi indetectables, de los dispensadores. Nene, que ya se había implantado filtros nasales se sentó en la mesa sin

problemas, pero la verdad es que yo y Rat estábamos todavía algo embobados con la treintañera. Nos sentamos, pedimos la primera, y la segunda, y la tercera...creo que Wish fue a vomitar al baño, acompañada por Lucía y tardaron en volver, pero estaba demasiado ocupado jugando unas manos de dados con Nene, Rat y otro de los de la banda como para enterarme. Ganar o perder me daba lo mismo, estaba absorto en el momento, hasta que una mano, con afiladas uñas negras, cogió los dados al vuelo mientras rebotaban sobre la mesa. Sopló sobre ellos, dejando entrever en su sonrisa un par de afilados colmillos de titanio, más largos aún de lo habitual y lanzó sobre la mesa un perfecto trío de ases.

— Tres ases en una. Nada mal. Creo que me quedo aquí.

Con un chasquido, ordenó a unos de los camareros que acercarse otra ronda y se arregló una arruga en el chaleco azul oscuro que portaba aquella noche. Por el rabillo del ojo, vi como todo el bar nos miraba, interesado. Rat lanzó los dados sobre la mesa, pero perdió, yéndose fuera esa ronda. Nene y yo hicimos lo mismo, pues con esa tirada, poco que hacer.

— Afortunado en el juego, desafortunado en el amor, ya sabéis lo que dicen.

El Conde jugueteaba con sus uñas sobre la mesa de metal, haciendo pequeños rayones de vez en cuando, al apretar con demasiada fuerza.

— Te felicito, Ice. Siempre es bueno que la calle cuente con gente leal, dispuesta a lo que sea por su gente. Además, tienes buena familia. De saber a dónde llegarías el primer día que entraste aquí, cubierto de mugre y buscando un curro rápido...yo lo pensaba, ¿eh?, no creas que voy de adivino y dije en ese momento “lo va a partir, el crío”. No, no, yo pensaba que no ibas a durar ni tres horas ahí fuera, que te iban a coger en cualquier esquina y te iban a convertir en uno de esos cuerpos que alimentan los invernaderos para ser abono. Pero aquí estás, de una pieza y toda de carne limpia. Aunque eso cambiará pronto, ¿no es así, Nene?

El latino asintió, mientras jugueteaba con los dados en una mano.

— Iremos más tarde a ver al Sanguijuela, o mañana, seguramente. Seguro que tiene algo de calidad para el chico. Ya le verás cuando volvamos. Elegante, como dice él.

Wish y Lucía aparecieron por la puerta del baño y se sentaron en silencio, como si tuvieran miedo a romper un momento importante. El Conde les dio un beso en la mano a ambas, a lo que Wish hizo un gesto algo exagerado de rubor, mientras que Lucía bebía de su copa, casi



aguada ya. El Conde seguía hablando, aunque por la forma en que se movían sus ojos, mantenía otra conversación paralela con alguien dentro de su cabeza.

— Tengo un trabajo para vosotros. De los buenos, un premio gordo de esos que pasan una vez al año. Y no es excesivamente complicado. Igual un par de balas sí que os toca chupar, pero nada que no pueda arreglarse en un buen matasanos.

Había un brillo de emoción en sus ojos. Se llevó la mano a la cabeza para colocarse el pelo negro y engominado. De un pequeño proyector que sacó de su chaleco, pude observar varios planos y alzados de lo que parecía una mansión, una de esas casas que los ricos se construyen en Los Jardines y que nosotros vemos desde lejos, si hay suerte y las nubes de la industria deciden marcharse durante un buen rato a otra parte. Se cortaron rápidamente, mientras el sonido de varios pares de botas cruzaba la puerta del local. A gritos, un hombre de unos cincuenta años, metro ochenta y cara de pocos amigos llamaba al Conde.

— ¿Qué mierdas es esto, colega?

Arrojó varios tubos, rellenos de una sustancia rosa azulada, en una mesa cercana. Se quedaron allí, brillando en la penumbra. El bar se quedó en silencio. El tío continuó, mientras su compañero no decía nada, pero se mantenía impasible.

— Me prometiste diez buenas dosis, calidad excepcional, dijiste. Y me has dado una mierda que podría haber comprado yo mismo en cualquier esquina.

El Conde no se giró a mirarlos, simplemente levantó un poco la voz.

— Te prometí diez buenas dosis por un trabajo bien hecho, y tú y tú grupo sois una verdadera panda de chapuceros. Tuve que pagar a un montón de gente para limpiar todo lo que hicisteis mal, falsos testimonios, sobornos y algún cabo suelto. Con lo que quedó, bastante que pude comprar eso para que tú y tus colegas os pusieseis hasta el culo. Deberías estar agradecido conmigo, Titus.

— Sabes perfectamente que este no era el trato, colega. Perfectamente.

El rapado sacó una afilada avispa de su bolsillo, que se abrió con un sonido deslizante, dejando la brillante hoja a la vista de todo el bar. El Conde seguía respirando tranquilo, mientras el sonido de botas se acercaba.

— Vamos a hacer las cosas bien, Conde. Tú nos pagas lo que nos debes, no lamentamos

heridos y todos como amigos hasta el siguiente negocio. Pero te aseguro que correré por ahí la voz de que no eres un hombre de palabra, a ver qué tal sienta eso a tu negocio. Si no, siempre podemos resolverlo por las malas, si quieres.

Jugueteo con la avispa un par de veces, haciendo gestos con soltura mientras la hoja silbaba cortando el aire. Silver Nene ya estaba listo para sacar la Flint, pero el Conde le hizo un gesto con la mirada para que se tranquilizase. Fue un giro rápido, con el brazo extendido y toda su fuerza. Un grito resonó por encima del hilo musical y varios hilos de sangre roja comenzaron a caer al suelo. El Conde se sacudió la mano, dejando caer restos de piel y carne y de una patada, empujó a Titus contra el suelo, que cayó, soltando la pistola. Su compañero se disponía a sacar el arma y disparar, pero un par de fogonazos me dejaron casi sordo. Rat había sido más rápido. Fulminante. El cuerpo del matón cayó contra la pared, al lado de la puerta, con el arma todavía en la mano. La gente se apartó lo más rápido que pudo. Algunos se habían cubierto tras las mesas y las sillas, mientras que otros, sin más, seguían bebiendo. Con la cara descuartizada, Titus se arrastraba hacia la salida, mientras el Conde se acercaba a él. Se agachó lentamente y le sujetó de las mejillas con ambas manos, clavando un poco la punta de sus uñas en su piel.

— Vamos a hacer las cosas bien, Titus. Tú te vas por dónde has venido y mañana, a más tardar el jueves, vienes de nuevo, pidiendo disculpas y con un buen fajo de billetes bajo el brazo, o si no, una transferencia instantánea. Dices “perdona Conde, siento haber estropeado la velada a la gente en tu local y haberte faltado al respeto en tu propia casa”, tomamos una copa, invitados, por supuesto, y te marchas. Todos en paz. ¿Te parece bien, Titus?

En el suelo, el hombre asintió, mientras con la otra mano se limpiaba la sangre que caía sobre sus ojos. El Conde le dio un pañuelo, sacado del bolsillo superior de su chaleco y llamó a uno de los camareros.

— Llévale atrás y que le curen bien, luego limpiad todo este desastre. Y sacad de aquí al cadáver ese de la puerta, mirad si lleva algún implante que se pueda vender.

El camarero, con un gesto de cabeza, asintió. Titus y él desaparecieron por una puerta tras la barra, mientras una chica y un hombre joven sacaban a rastras, hasta la calle, al otro matón. El Conde dio un par de palmadas, levantando los ánimos otra vez, y el bar volvió a la normalidad. Wish estaba acelerada y sus manos temblaban sobre la mesa, alejadas de la

pistola de Rat. El Conde miró la pistola y luego a Rat, con una sonrisa. Rat no dijo nada, solo una mirada de complicidad. El Conde volvió a arreglarse el chaleco y se sentó, cogiendo una copa. La sangre ya había escurrido por el material impermeable de sus garras y su sonrisa tranquilizaba a todo el local.

— Me he perdido. Ah, ya sé por dónde íbamos. El tema, negocios, negocios. El caso. Tengo un soplo, ¿vale? Debe haber unos tipos en Los Jardines, echadles un ojo, Ventura se apellidan o algo así. Unos nuevos ricos de esos que hicieron su fortuna invirtiendo en energía, armas o cualquier otra mierda, es lo mismo. Pero como todos los nuevos ricos, son idiotas. Les pierde la fama, amigos.

El Conde nos lanzó un par de vídeos a los implantes oculares básicos, que empezaron a reproducirse mientras seguía hablando.

— Resulta que esos idiotas llevan presumiendo semanas de una compra de implantes de alta calidad. Pero alta, alta. De esos que no te imaginas comprar nunca...

Los planos, características, diseños y calidades iban apareciendo en nuestros ojos, en una sucesión rápida, pero bastante directa como para valorar que ahí había muy buen material. Terapias de rejuvenecimiento avanzadas, implantes cognitivos, filtros de toxinas premium, prótesis de diseño superior... en fin, el sueño de uno de esos ascendidos que daban sus sermones pro—transhumanidad en la Iglesia de la Divina Ascensión.

— ... y seguro que alguien lo ha pensado, así que premio para el caballero o la dama. Tenemos un ascendido que quiere, o necesita, esas partes. El trabajo es simple, ya imagináis. Entrar, llevarse todo el equipo posible, y salir. Si alguno se lo ha implantado ya, pues igual hay que operar de urgencia allí mismo...pero vamos, nada demasiado complicado, sus seguros de vida lo cubrirán casi todo. Y la otra parte del trabajo, pues lo de siempre, llevarse todo lo que no esté anclado al suelo o tras cincuenta trincheras de cortafuegos.

Aquí Silver Nene interrumpió al Conde. La verdad es que la cara del latino, bajo esas luces de vivos colores, expresaba una mezcla de incredulidad y susto.

— Los Jardines son una fortaleza, Conde y lo sabes. Ni con la mejor ID falsa podríamos entrar y pasearnos por allí sin que la seguridad nos detecte por cómo pestañeamos o nos movemos en esas calles. Y menos robar una casa y salir de allí a manos llenas. Tengo claro

que tienes un plan, pero jefe, está jodido.

— Hay un plan, Nene, siempre hay un plan. Y precisamente nos aprovecharemos de su vanidad y de esos lujos que tanto les gustan para colarnos allí. Colaros. Bueno, me habéis entendido. He estado ojeando sus redes y quieren montar un combate privado en la mansión para celebrar su puesta en escena. Y claro, lo leí y yo pensaba, ¿quién mejor que mi hombre Ice para presentarse como voluntario, con equipo nuevo implantando y dispuesto a luchar por la fama, la pasta y la gloria? El resto, equipo médico, asistentes, techies, etc...ya hablaremos de la coartada más adelante, pero creo que la idea puede valer. Yo moveré los hilos y os colaré por allí a través de amigos de amigos.

— Bueno, Conde. Seguimos sin saber cómo salir. No te digo que sea mal plan, pero entrar y salir cargados de implantes son cosas totalmente diferentes. Y más en una fiesta. Esa peña estará luciendo el equipo sin dudarlo, será imposible quitárselo sin que nadie se entere.

Silver Nene había dado en un punto crucial, pero el Conde ya tenía preparada una respuesta. Wish, Lucía y Rat escuchaban con atención.

— Aquí es dónde nuestros colegas de la Iglesia de la Divina Perfección nos echarán una mano. Esa gente es la leche. Hablando con ellos, andan creando un psicotrópico de lujo. Dicen que te tomas una dosis y te pasas las siguientes horas en otra galaxia. Ellos, que quieren hacer buena publicidad, han avisado que llevarán muestras a la fiesta y cualquiera que lo desee podrá probarlo en un pase privado. Y ya sabéis cómo son estos colegas forrados... ¿un caramelo que no han probado? Para el cuerpo, sea lo que sea, con tal de subir la foto y ganar unos puntos de reputación, de lujo.

— Entonces, en la teoría, nuestros objetivos se ponen hasta el culo, les sacamos todo lo que podamos y cruzamos una fiesta cargados de implantes sin que nadie haga preguntas.

El Conde nos recorrió con la mirada mientras sonreía.

— Esta es mi parte favorita, sin duda. Hay mucho equipo que sacar, y dado que la sesión va a durar unas cuantas horas, depende de la dosis, pensé que la mejor manera de sacar el equipo de ahí sería con vosotros. Bueno, en vosotros sería una expresión más acertada. Unos cortes rápidos, unas agujas aquí y allí, un poco de analgésico y marcháis por la puerta con unos implantes de puta madre. Luego, hacemos unos apaños ahí atrás y se los damos a sus nuevos dueños. Hay más detalles, pero los podemos aclarar más tarde.

Eso cambiaba las cosas. La verdad es que sonaba a un plan mucho mejor. El equipo lo

teníamos. Había visto quirófanos portátiles para aplicar medicina en primera línea del frente y eran rápidos. Además, si el equipo llevaba tan poco tiempo en su organismo, seguramente no estaría perfectamente fijado, por lo que la extracción sería bastante rápida. Sin embargo, Lucía se atrevió a preguntar lo que todos estábamos pensando.

— ¿Y sí queremos quedarnos con el equipo?...

Pum. Ya estaba.

— ...quiero decir. Los ascendidos nos pagarán por ello, ¿pero no podríamos sacar más nosotros vendiéndolo o usándolo? Y después, ¿qué? Nadie va a preguntar por nosotros, a relacionarnos con el robo, ni nada así, ¿no? Por favor... seguro que la Iglesia canta en cuanto le aprieten las tuercas y con esa gente no se juega a menos que juegues en serio, Conde. Si ese es el panorama, yo creo que estoy fuera.

El Conde parecía bastante tranquilo y mientras Lucía hablaba, hacía señas para que continuase, como deseoso de que terminase para seguir hablando él.

— Te voy a explicar el punto final, Lucía. La mejor parte es que vosotros desaparecéis. *Into thin air*, como suele decirse. Cobráis una cantidad maravillosa y abandonáis esta ciudad. Adiós, adiós, Valladolid. Último tren que sale de la capital del viejo imperio, chaval. Piensa si quieres cogerlo. Desde ahí, al norte, al sur, dónde sea...te puedes comprar hasta un terrenito en alguna zona preciosa del norte, hacerte pescador si te da la gana y vivir el resto de tus días alejado de la industria. Tú seguro que lo tienes claro, Wish.

La chica sonreía con nostalgia. Wish siempre lo decía. El día que tuviera dinero, quería comprar una pequeña madriguera en el sur. Una barata, sin mucho lujo, no como esas que salen en los programas de la élite por las noches, repletas de estanques, piscinas y jardines, que recuerdan al palacio de la Alhambra después de que los musulmanes lo restaurasen y pareciese de ensueño. Ella simplemente quería vivir en comunidad, una familia pequeña y cultivar algún huerto de tomates y maíz modificado, compartiendo los beneficios de la tierra con sus vecinos de

otras madrigueras sin tener, como cuando era pequeña, que preocuparse de que al llegar el invierno se la congelase la sangre en las venas o tuviese que agazaparse con otras treinta personas en una carpa cerca de los campos de sol, esperando que los transformadores diesen calor suficiente hasta que saliese de nuevo la luz del Sol. Un sueño sencillo, pero

lejano. La Meseta te atrapa y cuando crees que te has podido escapar, quedan todavía más paneles, eternos, hasta dónde alcanza la vista. Si tenías suerte, alguna comunidad de neocristianos abría un refugio comunal y podías colarte antes de que se llenase, o si no, un amigo te dejaba su casa. En nuestro caso, Silver Nene, con los beneficios de antiguos trabajos, había creado un pequeño hogar para todos nosotros y, aunque no era gran cosa, impedía que nos derritiera el verano o nos congeláremos en invierno.

— A eso me refiero. Dadle una vuelta y oye, mañana o pasado hablamos. Estáis invitados a la siguiente y perdonad el bullicio de hoy. Hay gente que no sabe hacer negocios.

El Conde volvió a lanzar los dados sobre la mesa y se marchó por la puerta tras la barra, a solucionar sus asuntos, supongo. En la mesa, nos quedamos callados. Pero conozco a mis compañeros. Rat iba a estar con el trueno en la cabeza hasta que se quedase dormido o se pusiese tan ciego que no se acordara de esta conversación. Wish y Nene no habían cobrado, pero ya se habían gastado en su cabeza la mitad de ese dinero, si no todo. Y Lucía...esa chica siempre era un misterio. La castellana más castellana que había conocido nunca tenía la costumbre de hablar únicamente cuando lo consideraba necesario y sus pensamientos estaban más sellados que la boca de un asceta. Pero estaba pensando en la oferta, claramente. Joder, yo estaba en una encrucijada, y no dejaba de darle vueltas, hasta que Lucía apoyó el vaso en la mesa de un golpe, que creo que resonó más en mi cabeza que en la realidad.

— ¿Un par de balas como mucho? No me jodas... Si algo sale mal no salimos de ahí de una pieza y todos lo sabéis. Ahora mismo estoy con Rat. Lo siento, pero no es demasiado. No es pegar un palo a los Cuervos y robarles unas pocas bolsas de droga escondidos tras un pasamontañas. Son palabras mayores. Y por mucho que salga bien... ¿Esa gente no va a ir a buscarnos, por muy lejos que vayamos? Tío, son élites. Nos encontrarán, nos pegarán una paliza y pasaremos años en una de esas simulaciones de mierda o trabajando en los campos de sol hasta que nos caigamos de las placas y nos quedemos hechos puré contra el suelo. No merece la pena. Y lo sabéis.

Después de mirarnos a todos a los ojos, volvió el silencio. La chica terminó la copa y salió, tras despedirse. La veríamos en casa. Wish salió poco después, ya algo repuesta de tanto alcohol en sangre. Tendría una cita, porque dejó un buen rastro de feromonas al salir. Silver Nene y Rat decidieron quedarse algo más, hilando la tarde, o la noche, con cualquiera menos afortunado que ellos a los dados. Yo había

tenido suficiente. Me despedí y salí del bar, dejando pagada mi cuenta en su totalidad por primera vez en muchos meses.

El otoño vallisoletano, por llamarlo de alguna manera, aunque el significado de las estaciones se había perdido con el paso de los años, era cálido, pero no mortal. En mangas de camisa, algo sucia ya por el polvo del camino y la ciudad caminé por la Calle Mayor hasta llegar a los límites del río. El sonido de las turbinas y los generadores eléctricos flotaba en un ambiente voltaico, mientras los altos edificios de ladrillo, aleación y polímero industrial cortaban la luz solar, dejando el asfalto agrietado en tinieblas. Las luces de las farolas centelleaban cada pocos minutos y mis pasos se perdían entre las conversaciones que se escapaban por las puertas de las tascas y los puestos de comida y recursos callejeros. Llegué al río y me quedé allí, apoyado en la barandilla. Día sin accidentes, por lo visto. Ningún equipo de limpieza había tenido que sacar hoy un cadáver de las aguas, o reparar alguna de las turbinas atascada por los implantes de los pobres desgraciados encontraban, o buscaban encontrar, en las turbias aguas del Pisuerga la solución a sus problemas. Mañana es otra historia. Una pelea a lo lejos, detrás de mí. Un apagón momentáneo, mientras delante de mis ojos, unos kilómetros más allá, las luces de Los Jardines brillaban como rayo divino. Parejas paseando, un ladrido de perro. Los edificios, sellados a cal y canto y la gente haciendo su vida lo mejor que podía, picando un poco de cualquier parte para poder pagar el alquiler de cuatro paredes o el tributo comunal en los campamentos de carpas. Increíble. La ciudad que más energía produce de este país y pasando frío y calor extremo. Entiendo a los viajeros. Por lo menos ellos han visto más allá de los campos y son libres de ir y venir cuando les apetezca, siempre que tengan combustible... me vi reflejado en un espejo. Menudo *outfit* para la que podría haber sido mi primera ejecución en frío. Terrible.

Se iba poniendo el sol. Una luz roja y un fognazo después de que un dron de vigilancia volase a una saqueadora que intentaba cruzar una de las presas hidráulicas, puede que para robar algo de material o acercarse a los Jardines. Menudas ideas de mierda tiene la gente. La corriente se la iba llevando bajo la luz de un potente foco hasta que una lancha cruzó las aguas y la sacó de allí antes de que las turbinas la trituraran. Espero que no haya sido grave. Igual solo una descarga eléctrica de aviso. Irónico, ¿eh? La gente currando horas y horas para crear energía y luego el chispazo te le llevas tú. Me alejé del río para volver a casa, dejando a mi espalda un futuro imposible.



Las calles me acogen. Igual es que he pasado ya años paseando por los mismos lugares, o por lo menos, lugares muy parecidos, pero me siento protegido, a pesar del ambiente hostil que nos rodea. El sur es diferente, es verdad, pero tampoco es que sea mucho mejor. En cierta manera, la dinámica de este mundo es extraña. El amor y la violencia fluyen a raudales, pero por igual. Las obras más desinteresadas se ven eclipsadas por los crímenes más violentos, y al día siguiente, los actos más crueles desaparecen bajo una lluvia de gestos de amor y compasión sin medida. Siempre recordaré, hace unos meses, un viaje a Madrid. Había empezado hace poco, puede que fuese mi tercer trabajo y el Conde nos mandó a visitar a unos viajeros que querían cruzar unos cuantos kilómetros de la Meseta. Mala idea, pensé yo, pero es su forma de vida. Iban cargados, una caravana de cinco o seis vehículos, más la escolta de la banda de Aurora y la nuestra. Salimos al amanecer. El viaje no era largo, unas seis horas desde la capital y no debía ser muy accidentado. Pasados los campos solares, unas horas de ruinas y Madrid estaría ante nosotros. Una vez cruzasen la frontera, no era cosa nuestra, podíamos darnos la vuelta sin carga y por tanto, sin problemas. Atravesamos el mar de placas rápidamente, hasta que la carretera se convirtió en un camino polvoriento y dejado a su suerte. Sin intereses corporativos ni nadie que lo mantuviese, la mayor parte de las carreteras, incluso aquellas que unen las grandes ciudades, se han echado a perder. Las únicas que se mantienen en pie son las grandes autopistas que las familias de viajeros y nómadas han mantenido en buen estado, y como es natural, piden un buen tributo por el uso de alguno de sus tramos. Como todo, solo es un problema para la chusma de la calle. Total, los que pueden viajar lo hacen por aire, los vehículos terrestres han quedado relegados a la clase baja a los coleccionistas y fanáticos de la adrenalina.

Pasamos por un par de campamentos viajeros, con sus enormes hornos apagados, pero esperando pacientes a la llegada del invierno. Hicimos una parada momentánea allí, más que nada para que nuestros clientes se pusieran al día con sus conocidos y terminasen de cargar las provisiones que, por un motivo u otro, no habían podido coger en la ciudad, y entramos en las ruinas a mediodía. El Sol en lo alto, pero Nene andaba ya algo nervioso. Yo nunca había estado en las ruinas, ya que mi llegada fue a través de una comitiva de



barcazas, pero mientras veía como mis compañeros cargaban las armas y levantaban las chapas de protección, me dieron ganas de bajar la cabeza y meterme dónde nadie pudiese encontrarme. Rat me daba consejos, señalándome puntos de tiro y cobertura. La pick up se había convertido en pocos minutos en un transporte de tropas rudimentario, pero eficiente. Wish, como era habitual cuando había probabilidad de perder sangre, se había quedado en casa y yo tenía cierta envidia. Aunque también es verdad que cuando tocaba liarse con la gente adecuada para lograr entrar en un sitio concreto o había que cruzar metros y metros sin que la seguridad saltase, Wish era lo mejor que teníamos y yo en su posición habría acabado hecho un colador nada más comenzar el camino. Los de la banda de Aurora se habían preparado de manera similar, montando una pequeña ametralladora en la parte de atrás, manejada por un tipo que habíamos visto en el local del Conde varias veces, un tal Vic o algo así.

Los edificios a izquierda y derecha parecían dientes que se iban acercando a nosotros, mientras Nene evitaba con soltura las ruinas que, en mitad del trigo salvaje y contaminado, se esparcen como restos de un accidente ocurrido hace ya mucho. Cruzábamos un puente, parte de una vieja autopista que todavía se mantenía en pie. De repente, la explosión. Y cuando digo que Silver Nene tuvo que llevarse más porcentaje ese día, es porque de no ser por él, estaríamos todos dos metros bajo tierra, criando fresas en un invernadero. La explosión hizo que el piloto pegase un volantazo, pisando el acelerador poco antes de que la carretera se hundiese bajo nosotros, levantando una densa nube de polvo varios metros más abajo. El convoy, con miedo a haber entrado en un campo de minas, paró en seco mientras comenzaban los barridos de escáner y nos quedamos separados de ellos. Desde algún puesto de tiro en los edificios, las primeras balas cruzaron el aire, rebotando en la chapa de los vehículos. Poco calibre, entonces... ¿Saqueadores, tal vez? Los viajeros ya estaban disparando de vuelta a todo aquello que se moviese en las ruinas y los botes de humo comenzaron a llenar el aire hasta hacer una nube espesa y negruzca que cubría el convoy en su totalidad. El tiroteo cesó para dejar paso al silencio. Nene conducía lo más rápido que podía hasta la zona del conflicto, buscando un camino rápido, pero entre los restos de edificios, señales, y cascotes, era imposible. Nuestra única referencia era la columna de humo que se elevaba algunos metros más allá.

Llegamos a una colina tras dar un rodeo. Unos metros más abajo el convoy, parado, estaba en tensión. Aurora en la radio nos llamaba. Aceleramos. De repente, unas figuras cruzaron

el muro de humo y se lanzaron contra los vehículos. Rat me pasó los prismáticos con cara de preocupación. Huesudos, delgados, con la piel cuarteada y pinturas rituales por todos lados. Alguna rama de un culto devorador se había asentado en esas ruinas y eso nunca era buena señal. Debían ir hasta el culo, porque las balas solo los derribaban al suelo cuando el cuerpo no aguantaba más. Desde algún lugar de las ruinas, la voz potente de una mujer les incitaba a seguir y buscar la salvación en la carne de sus semejantes. Mi madre me contaba esas historias cuando era niño, para que no me alejara por la noche en las barriadas, ni me acercara a las redes de cuevas que se extendían más allá de los retorcidos olivares. Que los devoradores iban a venir y te comerían entero. A veces, algún viajero volvía contando esas leyendas, pero siempre pensábamos que era más por ganarse una jarra gratis en la taberna...y sin embargo, ahí estaban, con los ojos inyectados en sangre, trepando por la carrocería de los camiones y las furgonetas, mientras los más cuerdos disparaban de vez en cuando a través de la cortina de humo. Mientras Nene conducía, Rat ya había comenzado a disparar el rifle, sin mucho éxito. Yo estaba paralizado y me bastaba con sujetarme y no salir despedido de la pick up en alguna de las curvas que el latinoamericano tomaba a excesiva velocidad. Llegamos tarde, cuando cesó el ruido de la ametralladora. Vic estaba sangrando en la parte trasera, con varias avispas y hierros tallados clavados en el costado y las piernas. Los motores del convoy estaban ya rugiendo, huyendo de allí en dirección a Madrid. Aurora estaba también herida, pero Vic le había comprado algo de tiempo y cobertura hasta que llegó al camión principal. Los devoradores se estaban retirando, arrastrando a sus viejos amigos a las oscuras despensas que el culto construía bajo tierra, dónde los cuerpos se mantenían frescos unos cuantos días mientras se preparaban para, como lo llamaban ellos, la *asimilación*. Vic hablaba entre escupitajos de sangre, mientras Nene y yo intentábamos, infructuosamente, cerrar la hemorragia. Rat, ahora sí, disparaba sin cuartel, gritando y maldiciendo, poseído por una ira que jamás había visto en él. Mientras se acercaba a rematar a los heridos con un disparo de rifle, seco y en la cabeza, me preguntaba si aquello era un acto de compasión, o la liberación de esa bestia que parece acechar en cada uno de nosotros y lucha por salir siempre que tiene la oportunidad. El mundo actual había dado mucha libertad a esa bestia. Hasta que no quedó ni uno a la vista, o hasta que se le acabó la munición, no recuerdo qué pasó primero, no dejó de disparar.

Nene debió conectarse a su frecuencia de audio, porque dejó de hablar en voz alta hasta que expiró su último aliento.

— Cogedlo todo. Nos vamos.

Solo dijo eso. Recuerdo perfectamente haberle visto trasteando con el cuerpo del afroamericano, quitándole unos collares, pulseras y varios implantes de manera rudimentaria, a filo de navaja. Total, no es que fuese a necesitarlos más. Con algo de combustible, prendió fuego al cuerpo, que se quedó allí, ardiendo bajo el Sol mientras nos alejábamos para reunirnos con el resto del grupo. Había habido unas cuantas bajas y el viaje de vuelta, por un camino más largo, estuvo envuelto en una atmósfera de pesadumbre. Al llegar a Valladolid, Nene hizo un par de paradas antes de comprar. Vendió implantes a Sanguijuela, y cargado de billetes, nos hizo subir por un viejo edificio hasta el piso 62, puerta 14. La basura y la suciedad se amontonaba en todas partes y tuvimos que espantar un par de ratas de tamaño considerable para llegar hasta allá. Cuando se es nuevo en la ciudad, uno siempre espera que, en los edificios, la vida vaya un poco mejor, pero simplemente te convierte en tuerto en el reino de los ciegos. Algunos dicen que con eso es suficiente. Caminamos durante algo más de un cuarto de hora hasta dar con la puerta correcta, ya que parecía que nada funcionaba correctamente bajo la maraña de fluorescentes medio fundidos, hologramas publicitarios y máquinas expendedoras de comida de muy dudosa calidad. Mientras avanzábamos, le preguntamos a Nene varias veces, pero solo decía que lo tenía que hacer. Al llegar, nos abrió la puerta una chica joven, algo pálida. Tuvo un poco de shock inicial al vernos, ya que los ojos amarillentos de Rat, que se tornaban rojizos mientras escaneaban la zona cercana no dejaban a nadie indiferente. Nene no dijo nada. Simplemente dejó los billetes en sus manos, junto con las pulseras y los collares, y mientras ella lloraba, se marchó de allí. Solo recuerdo dos cosas con claridad absoluta: que era mucho dinero, mucho más de lo que valían aquellos implantes y que jamás he vuelto a ver llorar a Silver Nene. Rat y yo siempre nos quedamos con la duda de qué le había dicho aquel hombre y el piloto, o tal vez, qué le había enseñado, pero si le preguntamos, esquiva el tema con ese don para parlotear que solo él tiene. Solo recuerdo que mientras bajábamos por las escaleras, Rat abrió un chat privado conmigo, dejándome un mensaje muy escueto.

*//Rat: Escáner seguro. Departamento algo frío. Muchos niños.*

—*Rat salió*

Este era nuestro mundo. Un día te levantabas y te encontrabas siendo comida para un culto que, a través de una crueldad infinita, buscaba alcanzar y una posición divina que puede

que no existiese y antes de caer la noche, un desconocido había dejado en tus manos dinero para alimentar a todos tus hijos durante al menos un año. No podía decir que me gustaba, pero admito que me sentiría extraño sin él. Aquel día cobramos bien, pero no gasté ese dinero con paz mental, ni con gozo. Sentía que había, cada copa que pedía, cada apuesta que jugaba o cada noche que no dormía en el refugio comunal borraba poco a poco el recuerdo de Vic. Supongo que debía ser algo mío, porque lo hablé con Lucía varias veces y nunca le dio importancia de verdad. Que a todos nos pasaba en los primeros trabajos y cosas así. Sin embargo, esa idea me perseguía. Lo que sobraba, lo doné. En secreto, sin decirles nada a estos. Fui unas semanas apurado de dinero, pero pude dormir tranquilo y me ahorré un par de resacas. Por lo menos, alguien tendría una vida un poco mejor, aunque fuese por un instante. No sé si es lo que Vic hubiese querido, pero por lo menos, me sentí más puro.

Las calles me acogen y si fuesen otras, me sentiría un extraño, alguien que viene de un mundo totalmente diferente. Supongo que es verdad que, por un motivo u otro, no se puede escapar de la Meseta y si lo haces, siempre acabas volviendo. Cientos de notificaciones asaltaron mi cabeza, zumbando como un panal estrellado contra el suelo. Nos gusta lo que nos gusta.

—Ice entró—

—Aurora entró—

*//Ice: Estamos locos o qué pasa, me has mandado 200 avisos.*

*//Aurora: Qué ha pasado en el Conde!!!!!!!!!!!!!!*

*//Ice: No te dijo nada Rat o Nene?*

*//Aurora: NO!! No están conectados ni siquiera. O por lo menos, me ignoran. Pero las señales de los malos decían algo de un tiroteo, aunque avisaron de que no fuesen.*

Muy típico, la verdad. La calle resuelve sus asuntos entre ellos y ningún miembro de las fuerzas de seguridad iba a jugarse el pellejo por resolver un asunto de drogas o una pelea por cualquier motivo de dinero. No cobraban tanto. Al fin y al cabo, no eran personal privado, con equipo de calidad, buenas armas e implantes que garantizaran su supervivencia si se metían en el callejón incorrecto a mala hora. A decir verdad, no eran tan diferentes de nosotros: simplemente vivían al día e intentaban ver salir el Sol. Sí, sus casas

eran mejores, sus coches iban blindados y podían permitirse médicos de primera línea si las cosas se ponían feas, pero era una parte del precio a pagar por que todo el mundo te tenga asco. Generalmente, intentaban compensar su mala decisión vital echando un cable en las calles, ofreciendo chivatazos antes de que las cosas se pusieran feas de verdad, intentando arreglar peleas antes de que escalasen a la justicia mayor o estaban comprados por la mayor parte de la aristocracia local, como el Conde, Urraca o los hermanos Uriarte. Además, su equipo, que estaba falto de revisión desde hace años, se encontraba en un estado bastante lamentable, por lo que no era extraño que gente como Aurora pudiese acceder a sus señales y a sus redes en una tarde de trabajo intensa. Mientras conversaba con Aurora me crucé con un par de ellos, bebiendo café en una terraza, mientras la gente intentaba que no fuese muy notorio que estaban incómodos por su presencia.

*//Ice: Hubo algo de lío en casa del Conde. Un tal Titus, no sé si te suena haberle visto. Tenía bastante pinta de nazi.*

*//Aurora: Ni idea, sabes que con esa gente...mejor no tratar. Los Hijos del Toro son los más radicales de por aquí, pero de momento no han dicho nada. Igual Wish sabe algo más, si quieres pregunto. Ya sabes que esa chica se relaciona con príncipes y con ratas.*

*//Ice: No te preocupes, la verdad es que me da bastante igual.*

*//Aurora: Pues no deberías, son el ejemplo perfecto de que un día estás en la cima y al otro estás en la mierda. Y podría pasarnos a cualquiera, bebé. //Ice: Se les han comido las redes?*

*//Aurora: Totalmente. Sus reputaciones se han desplomado y en el bar en el que se reúnen ha debido haber una buena fiesta. Varios muertos, heridos... destrozos por todos lados...una panda de asiáticos con los que tenían algún problema, por lo visto. Que duro no ser el pez más grande del estanque...te mando ahora la noticia.*

*[Aurora envió un archivo]*

El vídeo era digno de película de acción barata, todo ello grabado desde el ojo derecho de uno de los miembros de la banda. A cara descubierta, con todos los tatuajes marcados en la piel, insultando a todo el mundo y volando la puerta de una patada. Un tiroteo salvaje. Tras la barra, una rubia muy rubia, con la piel limpia de melanina y varias flechas tatuadas en el cuello se desplomaba sobre las estanterías llenas de botellas con un boquete en la frente. Las mesas saltaban en astillas por todos lados mientras algunos inocentes salían volando del local. Uno de los asiáticos se fue despedido por la ventana de un puñetazo. Vaya golpe. El

brazo, tintado en blanco y rojo brillante, volvió a su posición inicial mientras un motor ubicado en el codo se preparaba para el siguiente golpe. Ese tipo ni pestañeó, algo complicado, la verdad, pues al encararse a nuestra cámara no poseía más ojos que cuatro esferas distribuidas en parejas, sin párpados ni pestañas. El que grababa el vídeo avanzaba por el bar y sacó una recortada de su espalda. Con un gesto rápido apretó el gatillo y otro tipo, que cargaba con un espolón surgido de su muñeca, tuvo que tirarse tras unas mesas para que la metralla no le alcanzase. Otros salieron de allí por la ventana o la puerta más cercana. Los asiáticos reían. El tipo del brazo gritó algo en un pobre acento alemán y saltó por la ventana rota, corriendo por la calle. El cámara decía algo, pero no se escuchaba bien y no se había molestado en aislarlo. Remató a uno de los heridos con la escopeta y terminó la grabación.

*//Ice: ¿Se sabe quién es?*

*//Aurora: ¿El del vídeo? No, no le han visto por la zona. Creen que puede ser un ejecutor de alguna triada, de los Zorro Rojo, puede, o tal vez de los Viento del Pino. Por los tatuajes no se han podido identificar y ninguno de ellos ha declarado el acto como suyo.*

*//Ice: No es que me den pena.*

*//Aurora: A mí tampoco, pero no deja de ser una advertencia. Así son las calles, ¿no?*

*[Comunicación interrumpida]*

*—Aurora entró—*

*//Aurora: Perdona, túnel. Estoy llegando a casa. Si no vas dónde Nene, vente. Tengo sitio de sobra, ya lo sabes.*

*//Ice: No te preocupes, de verdad. Tengo cosas que hablar con ellos. Mañana si tienes un momento podemos vernos. Te voy comentando.*

*//Aurora: Bueno, tú te lo pierdes. Un besito, cielo.*

*—Aurora salió—*

Ya sabía lo que me perdía. De la gente que conozco cercana, ya que el Conde no cuenta como tal, Aurora sería, seguramente, la persona con más dinero. No vivía en los Jardines, evidentemente, ya que no estaría hablando conmigo de ser así, pero poseía un apartamento bastante grande cerca de los invernaderos del Campo Grande, bien aislado y seguro. En el fondo era un arma de doble filo, porque las veces que había ido me sentía en una nube, hasta que mis botas volvían a pisar la calle y me tenía que subir la capucha y la máscara

hasta arriba para no congelarme, pero todavía con el sabor de la comida real en la boca. Pero había que admitir que Aurora era humilde, o por lo menos, discreta. Sin embargo, como toda persona con dinero en la ciudad se había implantado ya varios dispositivos de seguridad, localización y detección de amenazas, y solía ir acompañada por una tipa llamada Dela, que estaba a un implante de rozar la ciberpsicopatía. Tenía que haber pertenecido a la Iglesia, porque cada vez que hablaba, su voz, monótona y mecánica, estaba cargada de proverbios, citas y referencias. Era, además, de esas personas que casi van desnudas por la calle, aunque se vestía cuando era necesario no llamar excesivamente la atención. Si no llevaba la piel sintética, mirar su cuerpo era más parecido a mirar a un maniquí o a un androide que a una persona. Era uno de los motivos por los que no me gustaba estar en casa de Aurora. Me ponía nervioso y sabía que podía estar mirándome desde cualquier cámara o dispositivo que hubiese por la casa. Aunque seguramente, los asuntos humanos le importasen ya poco a esa... ¿Mujer? En fin, sabía lo que me perdía, pero esta noche no. Tenía que volver a casa y hablar con todos. Mi paseo no me había aclarado nada y seguramente ellos estarían igual.

Mis pasos volvieron a llevarme al Conde. La pick up no estaba aparcada en la puerta, así que seguramente Nene y Rat ya habrían salido rumbo a nuestra humilde morada, a algún lugar de la noche en el que, claramente, no quería meterme. La verdad es que no había bebido mucho antes, y sinceramente, una copa no iba a sentarme mal, aunque fuese ese licor asqueroso que vendía el aristócrata. El bar estaba bastante tranquilo, para lo que solía ser. Un par de grupos pasando un buen rato en las mesas, la música a volumen medio y tras la barra, el propio Conde, en una animada conversación con una mujer ya entrada en años. Parecían conocerse de antes. El reconocimiento mostraba mucha complicidad en su lenguaje corporal, pero no había más que ver cómo se miraban. A quién no conocería, el Conde. Un camarero salió de la puerta tras la barra e invitó a pasar a la mujer a lo más profundo del local. Yo solo había estado allí una vez, un día que Rat acabó bastante jodido en una pelea callejera. Era el sitio más cercano y lo dejamos allí en lo que venía un matasanos para hacerle un apaño. El espacio era bastante sombrío, a juego con el local de la parte superior. Lo que usaban como almacén, no. Pero tras pasar la última línea de cajas y suministros, cruzabas una puerta y las luces se tornaban en un verde marchito que no dejaba ver casi nada. Desde entonces, he supuesto que el Conde posee algún tipo de mejora ocular, ya que en aquella penumbra era imposible ver nada. Observé a través de aquella puerta

durante un instante, cuando el Conde desapareció por ella, pero mi curiosidad fue destruida por la voz de Rat, que no dejaba de quejarse mientras pedía analgésicos.

Al desaparecer la chica, el Conde me llamó con sus ojos, así que me senté en uno de los taburetes de la barra. Me puso una copa azulada.

— ¿Mucho en que pensar, Ice?

— Demasiado, Conde. Demasiado.

El aristócrata jugaba con el líquido de su copa, evitando que se derramara por los bordes y hablaba sin mirarme a los ojos.

— Mira, seré sincero contigo. Sé que no lo vais a hacer. No es un trabajo fácil y si sale mal, no va a acabar bien. En vuestra posición, yo no lo haría. No pasa nada, negocios son negocios y si lo que puedes perder no compensa las ganancias, no merece la pena. Esa es una frase para casi todo en la vida, apúntala.

— Lo haré, Conde. Entonces, ¿no hay problema? ¿Va a seguir todo igual? — Sí, sí, se lo puedes decir a Nene y los demás, no van a cambiar las cosas conmigo. Sois un buen grupo, eficaces, limpios y disciplinados. No tendría sentido que nuestros caminos se separasen solo por esto. Evidentemente, las redes se enterarán rápido y vuestra reputación se verá afectada, pero no creo que demasiado, al fin y al cabo, pocos se atreverían a lo que os he pedido. Nuestros amigos de la Iglesia tendrán que buscarse a otros, o hacer las cosas ellos mismos y mancharse las manos. Ofreceré el trabajo a otro grupo, pero se quedará en el aire, seguramente. Veremos a ver cuánto pierdo...

Estaba tremendamente agradecido por la suerte que parecíamos tener. En lo de la reputación el Conde tenía razón pero era mejor eso que una muerte casi segura, por mucho que las promesas de riqueza y gloria estuviesen al otro lado de una puerta complicada de abrir.

— Se lo agradezco infinito, y seguro que los demás también. Se lo contaré en cuanto los vea.

— ¿Sabes, Ice? Eres un chico con las cosas claras, y eso me gusta. La gente que da trompos por la vida no llega a nada. Pero me molesta no saber mucho de ti. ¿Qué pasado se esconde tras ese pelo moreno? No parecías de aquí cuando llegaste. Demasiado vigoroso, la piel muy limpia. Los nativos de aquí suelen presentar signos claros de contaminación por partículas, a veces micro quemaduras en la piel por los restos de los calefactores



improvisados... pero tú estabas muy sano, eras una buena pieza. Aunque una pregunta mucho mejor, si me quieres responder, es qué demonios hiciste para decidir que la Meseta era un buen lugar para vivir... Parece más bien un buen lugar para esconderse.

Me quedé en silencio, porque sentía que el Conde había levantado los ojos de su copa y me miraba fijamente. Bajé la mirada instintivamente.

— Bueno, vamos a jugar, por qué no. Mis apuestas son... homicidio involuntario y... Huida antes del veredicto. A eso le sumamos... que tenía que ser un sitio con una buena ley y venías bien comido... ¿Sevilla? Los de tez morena de allí abajo son gente seria. Y, dado que no te he visto intimar

mucho con nadie de por aquí, a pesar de que tu amiga, la que siempre va ligera de ropa te hace ojos muy a menudo... diré que ya tenías a alguien allí... Esto es a puro azar, diré que un hombre. ¿Marido? Demasiado formal, tal vez... Simplemente pareja...

El Conde sacó varios billetes, planchados y en perfecto estado, no como esos que te daban en los negocios de las barriadas, manchados o llenos de números de ID, sugerencias o propaganda de las bandas y los cultos, y los puso divididos en varios montones, cada uno de ellos representando las deducciones que había hecho.

— ...Pero no me lo digas, en el fondo, admito que le quitaría la gracia y entonces, me aburriría del personaje misterioso que eres para mí. Simplemente coge los montones.

Miré al Conde y alargué la mano. La gente con dinero hace cosas extrañas. De los cuatro montones, cogí tres. Las uñas del Conde se retraían y crecían lentamente, casi al ritmo de su respiración. Se guardó el montón que sobraba en el bolsillo del chaleco. Las manchas de sangre ya habían desaparecido de la tela azul. Ropa de diseño, supongo. Seguí en silencio.

— Qué interesante, amigo. Un hombre con problemas. Bueno, creo que me equivoqué en lo del juicio. Un veredicto peligroso, ¿no?

Fui a contestarle, pero alargó uno de sus afilados dedos hasta mí.

— ...No, no me lo digas. Hay que disfrutar de la duda, a la gente le gusta demasiado la certeza. Es mejor dejar volar la imaginación. Es como una de esas heridas que no puedes rascarte, o como cuando alguno de los mosquitos que viven en las aguas estancadas, allí, junto a las presas, te pega uno de esos picotazos que no puedes rascarte, porque sabes que el veneno se expandirá y será peor...

Una vez más, la gente con dinero hace cosas extrañas, y tiene ideas aún más raras. Será que su mundo, claramente, no es el mismo, ya que, literalmente, ni lo vemos con los mismos ojos, ni lo sentimos igual. A pesar de que tenía la copa medio llena todavía, sirvió más de ese líquido azul.

— ... pero dime Ice, quieres volver allí, ¿no?

Iba a responder, pero imagino que su reconocimiento de patrones había sido más rápido que yo. Me dejó con la palabra en la boca.

— Entonces, con un poco de suerte y trabajo, yo puedo ayudarte. Deja eso y ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

Me levanté y al minuto, caminaba con él a través de la segunda puerta, guiado, casi en exclusiva, por el ruido de sus pasos en la oscuridad bajo aquellos débiles brillos verdes.



Nunca había estado en un lugar así. Era extraño. Arcaico, podría decirse. Carecía del toque industrial que predominaba en la superficie vallisoletana. El tiempo era pesado aquí abajo. La poca visión que poseía sacaba en claro, a través del análisis visual, que esas arquitecturas llevaban o bien mucho tiempo extintas, o eran réplicas de excelente calidad. Los arcos de piedra me recordaban a esas ruinas de iglesias, aquellas que crecen en mitad de los campos de trigo o están sepultadas bajo las negras aguas de los pantanos y que te encuentras si sales a explorar los vestigios del pasado. A Lucía le gustaban mucho esas cosas y siempre comentaba que querría volver conmigo, y ver las grandes iglesias, los palacios y los templos que todavía quedaban en pie en el sur, más allá de los límites de la Meseta. Decía que se sentía mejor, que encontraba un gran consuelo en saber que este tiempo, al igual que esas iglesias, también pasaría, dejando simplemente ruinas y recuerdos. Yo, por mi parte, estaba más preocupado por lo que vendría después. El Conde paseaba bajo aquellos arcos de piedra, tarareando una canción, que mi suite de audio no pudo identificar, por lo que deduje que sería muy, pero que muy antigua, o puede que la hubiese creado él. Viendo la situación, sería lógico que el Conde fuese un coleccionista. Al fin y al cabo, muchos aristócratas lo eran. Si la gente se compraba mejoras exclusivas para presumir ante sus amigos, ¿por qué no cuadros, edificios, esculturas, música? Un hobby que yo no era capaz de plantearme, pero que para aquellas personas que se podían permitir mirar más allá de la semana que viene, debía ser normal.

El mismo camarero que había acompañado a la mujer se encontraba esperando ante una puerta blindada. Al verme llegar me miró con recelo, pero no dijo nada. El Conde hizo un gesto y tras apoyar su mano en un panel, cruzamos. Me recibió una luz blanca, fuerte y densa.

— La gloria del Señor brilla sobre ti, Ice. Espero que sepas apreciarla.

Abrí los ojos lentamente, con miedo a quedarme ciego. Ante mí se encontraba una sala amplia, alta, cilíndrica, cuyo techo no alcanzaba a ver y cuyo suelo tampoco. Potentes focos blancos colocados en las paredes iluminaban delicados tubos rojos, que se concentraban en el centro de aquella macabra instalación. Conectados a ellos, urnas de plástico, o tal vez

algún tipo de cristal ligero, suspendidas en el aire a través de un sistema magnético, albergaban los cuerpos pálidos y claramente desnutridos de al menos una veintena de personas. La sangre, a través de los conductos, se recogía en una cámara central, cuyas paredes se iban tiñendo cada

pocos segundos de plasma rojizo, similar al movimiento que hacen las cuchillas de esas máquinas de granizado que a veces ponen en los parques los días de primavera. En sus cámaras, la gente parecía no sentir nada, pero todo aquel paisaje, sueño ideal de un aficionado a la hematofilia, me estaba poniendo altamente nervioso. Paseando por unas escaleras de metal que rodeaban la estructura, el Conde no dejaba de hablar.

— Sabes Ice... la cruel ironía de la vida es que por mucho que te esfuerces, por mucho que logres acumular, por mucho que ganes, por mucho que pierdas...al final lo único que perdemos siempre es el tiempo. Y nadie, nadie vende tiempo...

Con un brillo ansioso en los ojos, su cabeza estaba casi apoyada en uno de los tanques, observando de cerca a una mujer morena que respiraba suavemente. Sus uñas picaban el cristal con una cadencia casi nostálgica.

— ...Pero nos dimos cuenta, amigo mío, que el tiempo se puede fabricar. O por lo menos, alargar. Un día más sobre la Tierra, Ice. No sabes lo que pagaría la gente por estar un día más sobre la Tierra. Bueno, seguramente esos desgraciados que trabajan dejándose la piel en los campos de sol o colgados frente a las turbinas de los generadores hidráulicos igual no, pero la gente como tú y como yo, Ice, siempre queremos más. Tú, recuperar el tiempo perdido, volver al hogar, formar una familia, lo que sea. O tal vez soy un romántico, y simplemente estás pensando en ganar dinero hasta que no puedas gastarlo en mil vidas, qué más da. Mi caso no es tan diferente. Siempre hay historias, muchas, cada día una nueva. Cada día alguien cruza mi puerta y comienza un nuevo relato. Y no soporto las cosas inconclusas, Ice. Yo quiero estar ahí en el momento que la narración llegue a su fin, y quiero contarle a la siguiente alma que entre en mi morada todo lo ocurrido, inspirándola a una nueva odisea.

Llegamos hasta el centro de la sala. Yo seguía en silencio, intentando no mirar los rostros dormidos en el interior del material transparente.

— ¿Y sabes lo más curioso de todo, Ice? Que una gran cantidad de esas historias son una mierda. Malísimas. El peor guionista del mundo, borracho y con diez dosis de pulsos en los

pulmones, seguramente podría escribir algo mucho mejor. Hay gente que nace, crece, tiene trabajos terribles, deja sus sueños por trabajos terribles, forma vínculos, que se rompen o se mantienen, tienen familias, mueren, hay desgracias, y al final esas historias terminan con un terrible sabor a vacío en la boca. Y uno tras otro, esos personajes llenan los cementerios, los invernaderos, o las calderas de algún asentamiento viajero. Y vista una de esas historias, vistas todas. Pero de vez en cuando, surge un personaje digno de epopeya, un héroe griego que,

contra todo pronóstico y guiado por una profecía olvidada, se alza con el triunfo, la fama, los laureles. Y yo, amigo, pienso estar ahí para disfrutar de esa historia.

Imagino que debió ver la expresión de mi rostro, porque con un gesto rápido, se acercó a mí y comenzó a hablar en un tono más amigable y cercano. Sus colmillos implantados asomaban ya por encima de su labio inferior, brillando, perfectamente pulidos, bajo los focos. Llevó una de sus manos por encima de mi hombro, en un gesto de camaradería y me señaló a una de las durmientes.

— Ahora mismo tú pensarás algo como “Este *hombre es un loco, tengo que salir de aquí, es un asesino*”. Me gustaría tranquilizarte. Por si quieres saberlo, esas personas no sufren. De hecho, seguramente sean más felices que en toda su vida. O en todas ellas. Les estoy dando la oportunidad de vivir miles de relatos, Ice. Miles de días, ahí tranquilos, sin preocupaciones, sin miedos. Simplemente ellos, viajando libremente por su mente con la ayuda de unos alucinógenos bastante potentes. Además, sus familias, amigos o seres queridos cobran una interesante suma. Sí, al final acaban muriendo, pero plantéate esta pregunta... Si todos vamos a morir, o al menos una gran parte de nosotros va a hacerlo, ¿no es mejor poder elegir en qué historia cerraremos nuestra vida? Veo las calles ahí fuera, amigo, de la misma manera que tú. Mi obra es buena, el trato es justo. O al menos, ellos piensan así.

El Conde tenía razón en mis pensamientos. No en todos. Ahora no pensaba que fuese un asesino, pero sí un demente. Un ególatra narcisista con complejo de Dios. Sus ojos me miraban de vez en cuando, supongo que mientras sus sensores se dedicaban a analizar mis respuestas corporales. Claramente, sabía que no iba a hacerle nada, porque estaba ahora con las manos en los bolsillos, andando con una calma absoluta hasta una pequeña abertura en el recipiente central. Le seguí, unos cuantos pasos por detrás de él. Mis ojos vagaban de un lado a otro, observando a los humanos en las cámaras. Algunos, más sanos, todavía dejaban algo de vaho en los cristales. El Conde sacó, sujeta entre sus largas uñas, una pequeña bola

roja, opaca, que parecía moverse si la mirabas fijamente, con un balanceo hipnótico.

— La mejor terapia genética que se ha podido investigar. Nada de implantes, nada de máquinas. Poético, ¿verdad? Vivir a tiempo prestado de gente que vive otras vidas, tan reales para ellos como el mismo suelo que piso ahora mismo o el aire que respiro. Su fuerza vital, condensada, mejorada y acelerada, en mis manos. Contempla mi obra...

Tras jugar un poco con la bola entre sus dedos, se la llevó a la boca. El cambio fue lento, pero estable. Un brillo, un color especial llenó la piel del Conde. Escuchaba su corazón latir desde mi posición, como si todo su cuerpo fuese una cámara de resonancia. Las venas, hinchadas, se marcaban en su piel y finalmente, dejó escapar un grito de triunfo. Al terminar, se volvió a arreglar el chaleco y con otro pañuelo, se limpió los restos de sangre adulterada que le quedaban en la comisura de los labios. Sacó otra bola, y la máquina giró como el tambor de una escopeta. Los tubos, antes estáticos, comenzaron a moverse, mientras la sangre fluía hasta la máquina y los mecanismos del interior comenzaban a removerla y separarla.

— Y ahora tú preguntarás qué pintas en la historia. Vas a ser el héroe, Ice. Hay material mejor y peor. Este es normalillo, igual para un par de años por dosis, como mucho...y mira todo lo que me hace falta. Demasiada materia prima. He intentado convencer varias veces a los portadores de la esencia superior que me donaran su materia, pero me temo que tienen demasiado apego a la historia que están viviendo actualmente. Mejor lo malo conocido, tal vez. Eres un hombre de recursos, tienes algunos contactos y después de lo de hoy, veo que no tienes miedo a mancharte las manos. Casi le vuelas la cabeza a un tío solo porque alguien tan insignificante como Silver Nene te lo pidió... Yo te ofrezco mucho más. Un trabajo, te daré tiempo, mucho tiempo, para que lo gastes cómo desees. Simplemente, tráeme tres almas, tres almas muy específicas. Tres desconocidos, no creo que eso pese mucho en tu conciencia, ¿no? Mis contactos más allá de la Meseta limpiarán tu pasado y podrás volver a la historia que quieres vivir realmente. Una única condición más. Cuando vaya a terminar, tienes que volver a contármela. Eso es todo.

Sacó una nueva bola de la máquina central y la puso ante mis ojos. Varios metros más arriba, una cámara se abrió con un chasquido y ante mis ojos, un cuerpo raquítico, consumido, cayó hacia el vacío de ese gigantesco cilindro. El eco sordo de huesos quebrándose llegó hasta la plataforma unos segundos después. El Conde me acercó la

esencia y la puso sobre la palma de mi mano.

— Cinco años, más o menos. Y podrás tener muchos más, Ice. Lo dejo en tus manos.

La sonrisa más afilada que había visto en mi vida dominaba la cara del Conde mientras paseábamos de nuevo hasta el bar. Iba tranquilo. Parecía que tenía todo el tiempo del mundo. Igual es que era así. Me despedí de ese hombre y salí a la calle. Volé a casa. Saludé amablemente al cruzar la puerta, fingiendo un poco de borrachera y me metí en mi cuarto, esperando encontrar allí la tranquilidad que no había tenido en todo el día. Silver Nene estaba destruido en el sofá y tuve que saltar sobre Rat, cuyo cuerpo ocupaba gran parte del suelo del pasillo. Seguro que habían apostado a ver quién llegaba más lejos. Una vez dentro, dejé la ropa sobre la cama y encendí el ordenador. Escuchaba a Lucía a través de la pared, con su música haciendo vibrar los muros suavemente, más alta de lo normal. Seguramente tendría compañía. Desconecté todos los implantes craneales, necesitaba un rato en el mundo real. Mis ojos tardaron un poco en acostumbrarse a la visión normal, sin datos cubriendo gran parte de mi campo visual, analizando el entorno que me rodeaba, buscando las rutas más rápidas a sitios o avisando de que me encontraba en un “entorno hostil”. Nos ha jodido. Hacía calor. Las paredes contaban con aislamiento adicional para protegernos del invierno, pero la refrigeración del edificio no había sido puesta a punto en años, y no iba a pasar. Pero mejor calor unos meses que frío la mayor parte del año. El ordenador tardó poco en encenderse y en lo que los cifrados comenzaban a dejarme acceder a mis redes, como todas las noches, miré por la ventana.

Pasado el límite de la ciudad, un bosque marchito, atravesado por los cables de alta tensión, y al fondo, el Cerro. Las descargas eléctricas residuales se veían brillar cada pocos minutos, como rayos impactando sobre las cúpulas metálicas que dominaban el montículo, iluminando los árboles abrasados por la corriente. A veces saltaba algún chispazo en las ramas, lo que atraía a los enjambres de drones de mantenimiento. Los campos solares estaban ya inactivos, refrigerándose lentamente en la noche y, si te fijabas bien, se podía ver el humeante vapor subir hasta el cielo y perderse en el ambiente bajo la noche. Ni una estrella en el firmamento. Solo la noche blanquecina que cubría constantemente la Meseta, frutos de años y años de contaminación lumínica. Yo recordaba haber visto estrellas, muchas. Cielos claros y despejados que te hacían sentir insignificante cuando levantabas la cabeza para mirarlos, pero a la vez llenaban tu alma de una sensación de libertad pura, desconocida para cualquier persona que no hubiese estado allí. Me preguntaba ahora si era

mejor haber conocido y perdido que no haber conocido nunca...no podía negar que la oferta del Conde me resultaba tentadora, convertido ahora en ese ángel que me prometía el regreso al Paraíso perdido. Dejé la pequeña esfera roja sobre la mesa, apoyada en unos papeles. Parecía palpitar. Las alertas de redes llenaron mi escritorio. Mensajes privados, comentarios en los foros, ofertas de trabajos y, como siempre, facturas... Lo que había ganado a lo largo de este día estaba ya casi gastado en saldar deudas y recomprar productos básicos para mantener el piso y la vida. Sanguijuela había dejado varios mensajes, pero no estaba conectado ahora mismo. Tampoco era importante, si lo necesitaba, sabría dónde podía ir a buscar.

*//Sanguijuela: Nene no me responde, por lo que deduzco que está K.O tras celebrar. Mañana a las 12 en mi casa, tú por lo menos. Si él no viene no hay problema. No consumas nada en 8 horas, tienes que estar limpio. Trae la pasta.*

El día se había torcido tanto que se me había olvidado de que mañana tenía cita médica. Cambiar la chapa, como decían los miembros de la Iglesia. Activé el sistema de audio para poner una nota y lo volví a desconectar. Los foros estaban activos esta noche, comentando las últimas noticias y cotilleos de la ciudad. Los marqué todos como leídos, no tenía la cabeza para drama ahora. Aurora había enviado un par de mensajes bastante directos y si estuviese en horas bajas, habría ido a verla al instante, pero me contuve. Empezaba a sudar y tenía sed. Como un gato me acerqué a la cocina, con miedo de despertar a mis compañeros. Los filtros de agua habían estado trabajando todo el día, por lo que disponíamos de una buena reserva. Solo por la pereza de esperar a que el agua terminase de purificarse entendía ahora a esa gente que se implantaba los filtros de toxinas en la boca, aunque decían que después todo te sabía a ceniza. El agua me sentó bien, pero reprimí las ganas de beberme toda la garrafa limpia. Nene y Rat la iban a necesitar mañana. Pronto tendríamos que comprar filtros nuevos, los actuales estaban ya en bastante mal estado. Como un susurro volví a mi cuarto, conecté los implantes de nuevo y puse varias alarmas por la mañana. Conté los billetes en papel y lo que tenía en la cuenta. Me metí en la cama y mientras intentaba dormir, sentía la mirada del Conde sobre mí a través de esa pequeña esfera roja.

Había olvidado bajar las persianas y me desperté a las pocas horas, con la luz solar entrando directamente a través de los cristales. Afortunadamente, las experiencias del día anterior no habían hecho mella en mi cuerpo, así que me levanté perfectamente. Sentía



lástima de Rat y Silver Nene. No había escuchado a Lucía en toda la noche, por lo que supuse que o bien había sido silenciosa o bien mis teorías sobre su compañía nocturna eran equivocadas. Por la ventana, los campos solares comenzaban a estar ya plenamente operativos y mucha gente comenzaría en breves sus turnos de trabajo. Si Nene y Rat me daban lástima, los pobres que trabajaban, o más bien eran explotados allí abajo, me provocaba un sentimiento que iba mucho más allá de la compasión. Historias cutres de esas que mencionaba el Conde... Abejas obreras que vivían para cumplir su propósito y eran reemplazadas cuando no podían ya hacerlo. Por lo menos, nosotros gozábamos de cierta libertad, aunque fuese siempre al filo de la ley o de la muerte. Faltaban todavía un par de horas para mi cita con Sanguijuela, pero tenían la sensación, cristalina, de que me tocaría ir solo. Me asomé hasta el salón tras vestirme con ropa ligera y coger la esencia del Conde, pues ya hacía calor, y ni Rat ni Nene se habían movido de su posición. Había un olor ácido en el cuarto, así que abrí las ventanas en silencio, intentando no pisar los charcos de vómito que se acumulaban cerca de los dos derrotados pandilleros y salí a que me diese el aire. *Respirar el aire fresco*, una expresión preciosa en otros lados, pero cargada de cruel ironía en la Meseta. Al llegar abajo, la calle estaba despertando, así que aproveché a gastar el poco dinero sobrante que tenía en comer algo, evitando así las barritas de comida para perros que almacenábamos en la casa. Desde los puestos callejeros de la Calle Mayor llegaba un olor a fritanga y azúcar que se pegaba en la ropa, mezclado también con café potente, seguramente adulterado con algún tipo de excitante adicional. Bajo finas mantas, raídas por el uso, un grupo de mendigos se preparaban para afrontar el día pidiendo lo poco que la gente podía darles. Haciendo alardes de compasión, a veces la Iglesia les dejaba algo de comida o les recogía en sus refugios, sobre todo en las olas de calor y frío, pero la mayor parte del tiempo, su vida era, a su manera, muy dura. Sin embargo, si les preguntabas, dejaban claro que preferían la calle a las turbinas o las placas, y nadie podía negarles esa realidad. Si la perspectiva vital es vivir de la caridad, o convertirse en carne ardiendo reparando un cable de conducción, es tentador elegir la primera.

La planta de Sanguijuela estaba a una media hora de nuestra casa, así que fui andando. Había que cruzar las diferentes presas varias veces y aunque hacía bueno, no me apetecía mojarme demasiado. Tendría que hacerlo deprisa. Madrugadores, los mensajes en algunas redes estaban ya activos y un par de privados se pusieron en la cola. Los respondería más tarde. Volvieron a saltar un par de alertas. Puede que fuese importante.

*//Aurora: Me ha dicho un pajarito que anoche tuviste un meeting con cierto aristócrata...los dos, solos...no sé, no sé... igual tengo que ponerme celosa. //Ice: Nada de eso. Fueron solo negocios, creo que vamos a rechazar un trabajo y no quería que todo el bar lo escuchase, podría afectar a nuestra reputación, ya sabes... yo no te he dicho nada.*

*//Aurora: Lo cojo. Espero que haya ido bien entonces. No te molesto más, luego hablamos.*

*//Aurora: Espero que te gustasen los archivos de ayer.*

*—Aurora salió*

Amaba tener la última palabra, como siempre. En el fondo sabía que si se lo proponía, tarde o temprano volvería a plantarme en la puerta de su casa, pero no quería que obtuviese esa satisfacción. Además, con todo lo que tenía en mente, el sexo era la última en una larga lista de cosas que me preocupaban. A mitad de camino, me tocó cruzar la primera de las presas. El inmenso dique de acero y hormigón se levantaba como una carretera sobre el abismo del río, cuyo cauce se había expandido tras años y años de excavaciones e ingeniería, obligando al derribo de casas, parques y vidas para aumentar la producción eléctrica de la ciudad. Muchos metros más abajo, un embarcadero industrial guardaba las grandes barcasas de transporte que llevaban células de energía y baterías allí donde la red eléctrica era incapaz de llegar, ya fuese por saqueadores, terrenos demasiado abruptos o falta de infraestructura. Una de ellas estaba partiendo ya. Descubierta, de gran tamaño, plana, lenta y pesada, la barcaza se alejaba flotando río arriba, levantada solo un par de metros sobre el nivel del agua. Las infinitas cajas de baterías y células cargadas formaban un laberinto sobre la cubierta principal, cubiertas en algunos puntos por pesados plásticos que daban sombra a las patrullas de vigilancia que recorrían la embarcación.

En la primera compuerta, una escuadra de seguridad estaba registrando las IDs de todos los que cruzaban. Con varias modificaciones corporales visibles y armas bien cuidadas, se notaba claramente cómo la presa formaba parte de la iniciativa privada, y como tal, estaba preparada para defender sus intereses con balas y sangre. Delante de mí avanzaban trabajadores, ciudadanos y algunos viajeros. Mi turno llegó tras cinco minutos esperando. Si el viento se levantaba, de vez en cuando saltaban hasta tu cara ráfagas de agua fresca que paliaban el calor, aunque sucia, y con un hedor conseguido sólo tras años de contaminación prolongada y vertido de residuos. En algunas zonas concretas, allí donde las aguas del Pisuerga corrían más lentas, se formaban unas pozas asquerosas, cubiertas de espuma de vivos y variados colores, de las que emanan constantemente vapores espesos, que cargaban

al ambiente con un terrible olor químico. Wish, que durante una época estuvo saliendo con un mafioso local, decía que alguna vez llevaban allí los cadáveres, ya que el agua hacía desaparecer todas las pruebas y solo rascaba la capa superficial de los implantes. Decía que los metían allí, como si fuesen una bolsa de té, y los recogían a la tarde, con la mayor parte de la carne destruida tras horas de exposición a lo que llevase esa agua. Un sistema de reconocimiento facial casi me golpea la cara.

— Buenos días... Marcial Santos. Como ya sabe, toda esta conversación se está grabando en nuestra suite de audio y cámaras oculares, por lo que podría considerarse como prueba en un juicio. Antes de cruzar, ¿a qué se debe su viaje?

Siempre que ocurría una situación con la autoridad privada, recordaba el valioso consejo de Rat: habla como si las palabras te costasen transferencias.

— Salud. Tengo una cita médica.

— Excelente. ¿Porta algún arma que pueda considerarse peligrosa para las instalaciones?

— No, no llevo armas encima.

— ¿Algún implante o mejora física que pueda alterar el funcionamiento de la presa o dañarla?

— No, ninguno. Solo mejoras básicas: audio y video.

— Si no le importa, procederemos a un registro.

Como si yo tuviera alguna opción. Su compañero me analizó de arriba abajo con un sensor. Mi cuerpo en la pantalla lucía sano, al menos. Tras ver los resultados, me clavó sobre la piel el chip rastreo apretando rápidamente el gatillo de una pequeña pistola médica.

— Como ya sabe, señor Santos, tiene cinco minutos para cruzar la presa. Recuerde no extraerse el chip en ese tiempo, o me temo que tendremos que detenerle.

Asentí con un gesto de cabeza y eché a andar, con paso rápido, intentando no mirar fijamente a los drones de seguridad que sobrevolaban la plataforma. A medida que avanzaba, sus armas se iban desactivando tras detectar la presencia del chip. Siempre tenía miedo de que algo, como todo en esta mierda de ciudad, fallase y me quedase convertido en pulpa contra el hormigón. Observé a las máquinas revolotear a mi alrededor. La verdad, me gustaban aquellos modelos, pues el diseño los hacía más agradables a la vista. A modo de libélulas, una estructura de módulos flexibles formaba el cuerpo principal, y en los laterales, la propulsión se realizaba a base de cuatro potentes motores, dos en cada lado, que

las compañías habían conseguido silenciar hasta hacer a sus máquinas casi inaudibles. En la mayor parte de los modelos, las monturas de armas estaban en el exterior y no solían ir poco armados. Tampoco es que fueran duros de pelar, porque el fuego sostenido de calibre medio los derribaba fácilmente, pero uno no era un problema... El problema era cuando había tres o cuatro. Perfectamente compenetrados gracias a sistemas de fijadores de blancos y redes tácticas, el pequeño enjambre buscaba puntos débiles en la formación enemiga y los utilizaba con rapidez. Y bueno, todo eso sin contar cámaras, reconocimiento facial y aviso a la autoridad. Me alejé bajo la mirada de esos fríos ojos anaranjados y seguí caminando a ritmo acelerado, junto con otras personas, hasta el otro extremo de la presa. Algunos de mis compañeros y compañeras de viaje iban desapareciendo por las puertas que daban a las instalaciones interiores, dispuestos a comenzar su jornada laboral. Tras ellos, las pesadas compuertas metálicas se iban cerrando lentamente, dejándoles solos en la oscuridad, la humedad y el sonido de las máquinas durante las próximas doce o catorce horas de su vida. Y ellos se podrían considerar afortunados. Menuda vida.

Llegué algo sofocado al otro lado y otro equipo de seguridad me quitó el chip. Con el brazo algo dolorido, continué caminando. El edificio de Sanguijuela se encontraba frente a unos jardines artificiales, así que me senté allí a esperar mientras le enviaba un mensaje anunciando mi llegada y que, tal como imaginé la noche anterior, iba solo. El techie no tardó en contestar y bajó el mismo a recibirme. A decir verdad, era un hombre perfectamente compensado. Gordo hasta decir basta, su cuerpo era una perfecta combinación de carne sujeta por dos pesadas piernas robóticas que le permitían moverse con cierta agilidad, y siempre llevaba una máscara nasal con un par de binóculos, creada por él mismo, un artefacto que le permitía captar mejor el oxígeno del aire mientras lo limpiaba. Regulaba, además, la entrada de luz, pues la vista del techie había tocado puntos críticos tras años de trabajo en su taller. Siempre con una sonrisa en la cara, Sanguijuela era una figura querida en las barriadas, pues era bastante justo con el precio de los servicios que ofrecía y siempre estaba dispuesto a comprar alguna prótesis, viniese de dónde viniese, sin hacer preguntas, lo que facilitaba el fin de mes a algunas familias. Además, se preocupaba por sus pacientes y cada pocos meses te solía llamar, invitando a una revisión gratuita, sobre todo con aquellos implantes cuyas operaciones eran más delicadas. Me estrechó la mano y se sentó, ocupando gran parte del banco cubierto de grafitis.

— Bueno, bueno, Ice. Día glorioso hoy. Silver Nene me dejó el otro día varias piezas abajo,

estoy deseando ver qué te parecen. Son todo cosas sencillas de implantar, así que no te preocupes, no tendrás ni mucho dolor ni muchos efectos secundarios... ¿Tú has pensado algún implante en particular? Si Silver Nene no lo trajo, igual hay alguno por la caja de restos.

— Seré sincero contigo, Sanguijuela. No tengo interés en nada especial. Es más porque Nene lo toma siempre como una tradición y creo que se lo debo, por ponerle una sonrisa en la boca. Algo discreto, ¿vale? No necesito brazos, ni piernas, ni nada tan extremo.

— Podemos verlo, podemos verlo...

Nos quedamos sentados en el banco, mientras la sombra de los árboles artificiales se iba convirtiendo cada vez en más y más insignificante bajo los pesados rayos de un Sol que comenzaba a colarse entre los edificios. Eso no pasaba en nuestra zona, donde los rascacielos eran mucho más altos, pero aquí, sin embargo, había algunas horas, pocas, muy pocas, en las que la luz solar sí bañaba las calles, algo que, ahora mismo, estaba disfrutando. Pequeños placeres de la vida, supongo. Saber estar en el momento. Pensando en ello, me llevé la mano al bolsillo y me acordé de la pequeña esfera rojiza.

— Sabes, Sanguijuela. Cuando bajemos quiero que le eches una mirada a una cosa que conseguí el otro día. Seguro que te interesa.

El hombre se levantó y juntos entramos en el edificio. Unos pisos bajo el suelo, nada más bajar al garaje, nos encontramos ante la puerta del taller. Había algunos coches y otros vehículos allí aparcados, sobre todo motos y pequeños deportivos que las bandas de la zona usaban para llevar sus mercancías rápidamente por las calles, intentando cruzar rápidamente los puntos de control que dominaban los puentes sobre el río o los cruces de caminos. Me fijé especialmente en lo que parecía un vehículo de viajeros nómadas, con el blindaje bastante agujereado por balas de calibre pesado y algunas manchas de sangre seca en la carrocería. El remolque estaba cargado de piezas y restos de todo tipo. La mayor parte de los cristales, a pesar de estar reforzados, habían sufrido graves daños y habían reventado. Me acerqué a curiosear.

— Tienes trabajo con esto, jefe. La debieron liar buena.

— Buena gente, buena gente. Una familia de viajeros, venían del norte, de estar trabajando en unos campos de restos cerca de las montañas, más allá de la Meseta. Debieron atacarles unos saqueadores bien preparados. Pero les he prometido que en una semana estará todo

listo para su partida y que la mercancía está bajo buenos ojos, así que aleja tus manazas de ahí, chaval.

Me hizo un gesto para que fuese detrás de él. Sanguijuela abrió la densa compuerta que daba acceso a su taller con una gran llave de metal que sacó de un compartimento en su pierna y entramos. El techie era inteligente y se fiaba poco de la tecnología. Esa puerta sólo podría abrirse o bien con su llave, o bien con algún soldador realmente potente, o explosivos. Y ambas opciones eran complicadas de realizar, a menos que estuvieras rodeado de un buen grupo de saqueadores preparados. Y, sinceramente, para lo que Sanguijuela guardaba en su taller, se iban a gastar más en combustible para el soldador o en los explosivos que lo que podrían llevarse. El interior del taller estaba perfectamente limpio, todo ello cargado de un suave olor a desinfectante químico que adormece ligeramente los sentidos. Un dron revoloteaba por la sala, soltando spray, agua y jabón de vez en cuando, asegurando que la zona estuviese lo más desinfectada posible. Claramente era un dron robado, ya que todavía se podía ver un logo corporativo a medio borrar en la chapa exterior y las monturas en las que se encontrarían las armas. Piratear aquellos trastos no era complicado, aunque sí acercarse, pero a veces fallos en los sistemas de rotores o en la navegación provocan que alguno se estrellese por las calles. No he vivido muchas peleas callejeras, pero las que se organizaban para reclamar los restos de un dron caído eran espectaculares. Las redes se incendiaban y en cuestión de minutos, todas las bandas de la ciudad tenían un par de representantes en la zona, con un arma en la mano, justificando por qué debían ser ellos los que se llevasen esa pieza. Por supuesto, los argumentos eran siempre absurdos y el reparto de las partes se acababa decidiendo por quién se retiraba antes de que comenzase el tiroteo, pensando que su vida no merecía la pena por ello, o el trofeo quedaba entre aquellos que, tras levantarse el polvo y separar a los vivos de los muertos, decidían que no había cuerpo para un segundo asalto. En el peor de los casos, la autoridad o el fabricante enviaba a una patrulla primero y si llegaban antes de que toda la gente estuviese ya allí, se llevaban lo que pudiesen y ponían alguna multa por alteración de orden. Desconocía de dónde podría haber sacado el techie aquel dron, pero mirándolo de arriba abajo, la verdad es que había logrado convertirlo en una herramienta excelente. Le pregunté por el tema, intrigado.

— Sanguijuela, ¿de dónde lo sacaste?

Mientras preparaba la mesa de operaciones, su relato se iba mezclando con el sonido de

piezas chocando entre sí.

— Pues fue hace unos meses... Me lo trajeron unos tipos que me debían un favor. No era militar como tal, sino uno de los que utilizan las fuerzas del orden para limpiar escenarios de crímenes...no hice muchas preguntas, si te soy sincero. Lo abrí de arriba abajo para evitar un caballo de Troya, pero estaba limpio. El localizador estaba ya extraído y la programación que quedaba era la de un bot de limpieza tradicional, así que no me preocupé mucho. Le cargué los planos del taller, le ajusté un par de piezas y ahora funciona bien. Me lo han intentado comprar algunas bandas ya, porque las monturas de armas todavía se pueden utilizar, pero de momento he rechazado sus ofertas.

Yo asentía con la cabeza mientras el techie terminaba de prepararlo todo. La mesa de operaciones ya estaba lista, con toda esa parafernalia de agujas, sierras, taladros y vías esperando en silencio. Siguiendo sus señas, me acerqué hasta un armario metálico, algo oxidado y cerrado con un pesado candado. Con otra llave, más pequeña, Sanguijuela abrió las puertas, desplegando ante mí una colección de piezas, prótesis, módulos e implantes de todo tipo. Evidentemente, no era nada comparable a las tiendas que hay en algunas zonas mejores, donde cada pieza está expuesta con dedicación y mimo. Aquí, solo algunas, las que parecían más caras. Otras se amontonaban en cajas y algunos brazos, piernas y blindajes para el torso tenían todavía manchas de sangre de sus viejos propietarios. La lista de tareas pendientes del techie era infinita.

— Toma asiento, Ice. A ver si encontramos por aquí algo que te pueda servir... algo discreto, ¿no? Seguro que hay algo...

Sanguijuela removía entre las cajas, hasta que sacó unas fundas más pequeñas, pero que parecían bastante pesadas. Le esperé sentado en la mesa de operaciones, mirando de reojo todo el instrumental médico, aunque parecían más bien las herramientas de un chatarrero. Dejó a mi lado la funda y la abrió, mostrándome unas pequeñas chapas de metal que se encontraban en el interior, ovaladas. Me puso unas pocas en la palma de la mano para que pudiese verlas de cerca. Pesaban.

— Nudillos reforzados, hermano. Discretos, no requieren mantenimiento y la operación es rápida, aunque duele. Y en la calle son bastante útiles cuando te das cuenta de que no tienes un arma a mano. Un buen golpe podría matar a una persona, e incluso uno mal dado, casi sin fuerza podría romper varios huesos. Y bueno, las placas de metal más débil e incluso

algunos muros de ladrillo caen bastante bien. Apoyado por un brazo completo, se pueden hacer maravillas, pero incluso por sí mismos son un buen añadido.

— No, el brazo lo dejaremos fuera hasta que sea necesario. Pero los nudillos me gustan y supongo que Nene se quedará ya contento con la mejora. Empezamos cuando quieras.

— ¡Eso es actitud!

Las luces de la sala se apagaron, menos un par de potentes focos que iluminaban la mesa de operaciones. Sanguijuela me hizo levantarme, me acercó una silla y me ordenó poner las manos sobre la mesa.

— Te explico un poco, para que no te asustes. Te puedo dar una anestesia total, o sólo parcial, por si quieres ver el espectáculo.

— Creo que prefiero dormir un buen rato.

— Más fácil entonces. El proceso es simple, abrimos un par de incisiones sobre el hueso, lo taladramos, y en el espacio que quede encajamos las placas, las soldamos y sellamos todo. La curación es un poco molesta las primeras horas, pero en unos días estarás perfectamente.

El dron me alcanzó una mascarilla de gas, mientras Sanguijuela esperaba a que me la colocara, con la mano ya en la bombona de anestesia.

— Por cierto, no tendrás por ahí un poco de aleación de esa para tatuar. Quería hacerme una cosa. Es sencillo. Te lo pagaré por un poco más si lo hacemos hoy mismo, así me ahorro volver a cruzar las presas.

— Por supuesto, siempre tengo. Pero ¿aleación? Ya sabrás que eso duele. — Sí, lo tengo claro. Pero es importante.

— Cada uno a sus motivos. Dime lo que quieres y me pondré con ello también, así aprovechamos la anestesia. ¿Brazo, espalda, pierna?

— En el brazo está bien, en el izquierdo. Quiero poder leerlo, por la cara interna.

— Oído cocina, jefe. Mándame el diseño y lo iré preparando.

El techie me abrió comunicaciones y simplemente le envié un archivo poco pesado mientras veía como comenzaba a abrir el gas. Un par de frases, en ruq'ah:

*Piedras es mi voz, rocas es mi boca,*

*mis pies, un viento que surca los desiertos.*



Poco después, la cabeza me estaba dando vueltas y se me cerraban los ojos. Me dormí escuchando el ruido de un pequeño taladro cerca de mis manos, mientras la luz de los focos se iba convirtiendo, lentamente, en tinieblas.

## IV

Desperté con un poco de agua fría corriendo por mi cara y un aroma a incienso, fuerte y relajante, que entraba directamente por mis fosas nasales. El aroma se mezclaba con un olor a óxido, e imaginaba su fuente. Sobre la cama, mis manos descansaban, extendidas hacia delante, cubiertas de vendajes manchados de rojo oscuro.

— Buenos días, caballero.

Sanguijuela hizo una reverencia. De no ser por las partes mecánicas y unos excelentes sistemas de compensación del peso, el techie se habría caído para adelante, pero ahí estaba la ciencia, para hacer trampas.

— Tengo el placer de informarle de que la operación ha sido un éxito. Espero que te encuentres bien, ahora que la anestesia se va eliminando de tu organismo. En unos minutos, prueba a mover las manos y estirar los dedos, suavemente, a ver cómo te sientes.

Mientras el dron limpiaba el suelo y la mesa, me incorporé y respiré hondo. Dolía un poco. Extendí los dedos despacio y solté un pequeño gemido. Me ardían los nudillos. Si tuviera un oído mejorado seguramente sería capaz de escuchar como la piel y mi carne se iban fundiendo y solidificando alrededor del metal gracias al gel curativo. Repetí el proceso varias veces, hasta que sentí que el calor desaparecía. Le hice una señal a Sanguijuela, y con cuidado, comenzó a retirarme las vendas e introducirlas en un compartimento del dron, que dejó escapar un poco de humo negro y después siguió con sus tareas. Aunque todavía tenía los nudillos y las manos algo hinchadas, el aspecto era bastante bueno. Aunque algo usados, los refuerzos de metal brillaban bajo las luces de la sala médica. Dejé las manos tranquilas sobre la cama y pedí al techie un poco de agua. Tenía la boca seca. De repente, noté una punzada de calor en el brazo. Ahí, perfectamente escritas, estaban las letras que formaban el final de aquel poema. Las acaricié con los dedos bajo la atenta mirada de Sanguijuela, que parecía orgulloso de su obra.

— Algo sencillo no fue, no te voy a mentir, son letras muy delicadas. Espero que la curación sea rápida, pero deberías comprar algún analgésico cuando tengas oportunidad.

De vez en cuando, sangraba ligeramente, así que me pasé por la herida una gasa con desinfectante. Me ardía la carne, pero ver esas palabras ahí escritas... Me inspiraba. De mi bolsillo, saqué la esfera de esencia y la puse sobre la mesa de operaciones. Sanguijuela lo miraba intrigado.

— ¿Qué es? ¿Alguna droga nueva que ha invadido las calles? Nunca lo había visto.

— Ojalá... Es algo extraño... La verdad, no puedo decirte ni qué es. Mira a ver si tú puedes sacar algo más que yo. Voy a echar una cabezada.

Sanguijuela cogió la esfera y se sentó, con calma, en su mesa de trabajo. Cerré los ojos y respiré profundamente, intentando ignorar el dolor que se mezclaba en oleadas por mi cuerpo.

Debí dormir profundamente, porque me levanté mucho mejor. Parte del dolor había desaparecido ya, dejando una ligera molestia en el brazo recién esculpido y los nudillos taladrados. Al verme despierto, Sanguijuela se acercó, y no me hizo falta el reconocimiento para darme cuenta de que su interés por la bola roja era desorbitado.

— Ice, no sé de dónde has sacado esto, pero es una tecnología tan rara que no la había visto nunca... Es... Casi simple. Como si fuese la idea de un niño que le grita a su padre una idea tan absurda que es maravillosa, pero irrealizable. — Pero, exactamente, ¿qué es?

— Pues... Sangre. Sangre alterada, potenciada. Tiene muchísimas secuencias de ADN, por lo que deduzco que procede de varias personas. Es muy pura. Son las células madre de la sangre. No quiero saber de dónde has sacado esto, pero los que lo han hecho poseen un equipo que está fuera de nuestra imaginación... ¿te colaste en Los Jardines? No se lo diré a nadie si era algo por tu cuenta, un trabajo aparte, pero la verdad, es increíble.

Preferí no decir nada claro y darle largas, simplemente ofrecerle un poco de lo que él ya imaginaba saber, que fue un trabajo anónimo y lo saqué de Los Jardines. Su curiosidad se calmó, pero conocía a Sanguijuela lo suficiente como para saber que sería momentáneo y le tendría en mi puerta haciendo preguntas unos días después.

Le pagué, me dio recomendaciones y sobre todo, me dijo que fuese lo que fuese, no me comiese ni trabajase con la esencia. En el fondo, sabía que estaba más preocupado por perder su objeto de obsesión que por mi salud física, pero le agradecí el gesto con una sonrisa y salí con la puerta, todavía dolorido y con la cuenta casi seca. El camino de vuelta

se me hizo aún más insufrible y solo quería tirarme en la cama y ponerme hasta arriba de analgésicos. Pasado el control de la presa, fui lo más rápido que pude hasta mi edificio, ignorando los mensajes que entraban por las redes. Varios carteles publicitarios, personalizados para mí, habían cambiado ya sus promociones para ofrecerme mejores medicinas, seguros médicos, implantes de calidad y viendo que mi cuenta estaba vacía, préstamos de todo tipo. Ni dos horas habían tardado. Que hijos de puta. Apagué todos los implantes visuales y respiré hondo, volviendo a ver el mundo como era. Una mierda. Ante mí, las pantallas negras, antes de vivos colores y cargadas de sonido, mostraban solo carteles animados y videos de negocios que habrían cerrado hace mucho. Aparté la mirada y seguí hasta la farmacia más cercana. Compré los analgésicos y cicatrizantes más baratos que encontré y fui directo a nuestro piso.

Al llegar, no había nadie en casa. Imaginaba que me habrían dejado un mensaje, pero ya lo miraría más adelante. El interior, impoluto, y estaba claro que Silver Nene es uno de esos que vale para salir y para trabajar. Me desnudé y me miré ante el espejo. Volví a activar todos los implantes visuales. Lo que me esperaba: informes de daño, tiempos de recuperación, ligera deshidratación...Sobre la cama, la pequeña esfera de esencia y los botes de medicamentos. En ese momento, no era consciente de mis actos. La cogí y me la llevé a la boca, mordiendo con intensidad.

Sabía horrible. Oxidado, como estar masticando metal que se ha quedado a la intemperie durante años, sentía la boca llena de un líquido espeso que me costaba tragar. Las primeras gotas bajaban por mi garganta, suavemente, dejando un pequeño rastro dulce que desaparecía a los pocos segundos. Los implantes se estaban volviendo locos. Me ardía la piel, toda. Sentía como mis vasos sanguíneos se ensanchan para dejar pasar la sangre que un corazón, bombeando como nunca lo había hecho, intentaba mandar a todas partes de mi cuerpo. Las heridas de mis nudillos y mis brazos se iban cerrando a una velocidad vertiginosa. Sentía la piel más tersa, más firme, más dura. Parecía que meses de mala alimentación habían desaparecido en un instante y me moría de ganas de gritar. Lo hice. Grité como nunca lo había hecho, sentía en mi interior una rabia desconocida para mí. Le pegué varios puñetazos a la pared, dejando en ella manchas de sangre y las marcas de mis nuevos nudillos. Antes de cada golpe, sentía como la piel y la carne se iban cerrando de nuevo para abrirse lentamente al impactar contra el muro y regenerarse de nuevo.

Duró poco, pero fue intenso. Estaba sudando en mitad del cuarto, con la respiración agitada

y el cuerpo intacto. Magulladuras, golpes, cortes...todo había desaparecido. Me sentía como un hombre nuevo. Fui a la ducha, algo rápido, pues no quería agotar el agua limpia y me quedé bastante tiempo en el baño, admirando el estado actual de mi cuerpo. Tenía que hablar con el Conde ya mismo. Escuché pasos en la entrada, así que me vestí rápidamente y salí al encuentro de mis compañeros de piso. Lucía estaba allí, vistiendo un mono de ropa plástica de colores fosforito.

— ¡Aquí está el desaparecido! Hemos ido a verte a casa de Sanguijuela, pero nos dijo que ya habías salido de allí. Cuéntame ¿cómo ha ido?

Le enseñé los nudillos y el tatuaje. Los observó detenidamente.

— ¡Han curado muy rápido! La verdad es que ese hombre hace un excelente trabajo...

— Bueno, los medicamentos ayudan. ¿Dónde andan los demás? — Bueno, Rat y Nene se han cruzado con unos tipos por la calle que parecían necesitar manos para un trabajo y andan discutiendo con ellos. Wish hoy tenía cita. Y Aurora se iba a dejar caer por el bar del Conde en algún momento de la noche. Ya me ha dicho que la rechazaste vilmente, pájaro.

— He de decir que no fue exactamente así... Sabes que esa casa me pone nervioso.

— Como a todos. Siempre me siento como una perrita que la princesa ha acogido de la calle. Pero oye, es comida de verdad y una cama con buena temperatura durante un par de días. No podemos quejarnos, Ice.

La chica tenía bastante razón en eso. Parecía algo común en la Meseta, una dinámica extraña en la que la caridad ponía siempre en una posición de extrema superioridad a la persona que la ofrecía y humillaba a la que la recibía. Tal vez por eso los miembros de la Iglesia estaban tan crecidos y hinchados de ego. Al fin y al cabo, eran los más caritativos de la zona y miles de vidas dependían de ellos, sobre todo a medida que el invierno se iba acercando.

— Hablaré con ella cuando tenga un rato, si eso te deja más tranquila. Pero puedo cuidarme solo, no lo dudes.

— No lo dudo, no lo dudo...

La chica desapareció por el pasillo y se metió en su cuarto, cerrando la puerta. Hice lo mismo y terminé de vestirme mientras el Sol se iba poniendo por la ventana. La verdad, me vestí elegante. Si no había trabajo esta noche, tenía claro a dónde debía ir. A pesar de que el día había sido largo y me había saltado varias comidas, no sentía hambre. De hecho, todas

las molestias y el malestar que implicaba la vida en la Meseta habían desaparecido. Sin embargo, el contraste entre la calle y mi estado actual se había convertido en un verdadero infierno. Me sentía como un dios atrapado fuera del Edén, condenado a no poder volver a él. Bueno, en mi caso, podría volver a mi paraíso personal, pero el precio a pagar se me hacía excesivo, tanto, y me faltaba estómago para hacerlo. Tres vidas... ¿por qué esas tres? ¿Quiénes serían? ¿Tan importantes eran para el Conde, que estaba dispuesto a mover los hilos necesarios para devolverme a casa con tal de tenerlas en sus manos? Los motivos de aquel hombre se me escapaban. Pasé por varios puestos de comida y era capaz de detectar hasta la más mínima especia. Los jardines, tanto artificiales como reales, desprendían delicadas fragancias florales que me envolvían. Todo estaba más vivo, más vibrante. Andaba rápido, más que nunca. La gente se apartaba de mi camino y en pocos minutos, me planté en la puerta del Conde.

Nada más entrar, Silver Nene me cogió y me sentó en una mesa. Hablamos durante horas de los nuevos implantes, de los planes de futuro, y de la rápida curación de las heridas. Estaba sorprendido, pero dejó el tema rápidamente, por lo que no tuve que mentirle. Aproveché para ver las redes y todo lo que había ignorado durante el día. Más allá de algunos mensajes privados, no era nada interesante y lo dejé correr. Los foros criminales estaban bastante activos, con trabajos de poca monta para sacar algo de dinero fácil, pero nada que nos interese a nosotros. Nuestro encargo no estaba en ningún lado todavía, por lo que pensé que el Conde lo había mantenido en secreto. Durante la conversación, dos miembros de la Iglesia de la Divina Perfección entraron por la puerta, con las togas blancas ensuciadas por el polvo y la suciedad de las calles. Se sentaron en una mesa al fondo, en dos sillas, una al lado de la otra y se quedaron allí en silencio. Un silencio inquietante, interrumpido solo por el carraspeo metálico y grave del sintetizador de voz de uno de ellos. Veía sus falanges metálicas descansar sobre la mesa y de vez en cuando, unas pequeñas nubes de condensación escapaban de varios dispensadores de calor en la espalda del otro devoto. Afortunadamente, no veía sus caras, pero me imaginaba que bajo aquellas capuchas, habría poca carne humana. No tardó mucho en llegar un mensaje a la red local del Conde.

*//Mis queridos caminantes hacia la ascensión, la Iglesia busca liberarnos del sufrimiento de la carne mortal. Poco a poco, pieza a pieza, hasta que un día seamos todos tan perfectos como Dios. Por favor, acompañadnos en este glorioso viaje. Uníos hoy a la Iglesia de la*

*Divina Perfección y llevad vuestra alma hasta la misma altura que el Creador.*

Apagué los implantes, porque sabía que el mensaje se repetiría en bucle durante todo el tiempo que los dos devotos estuviesen allí. Algunos se acercaron a su mesa a hablar con ellos, interesados supongo, o simplemente gente que quería ofrecer algún donativo a la Iglesia. El Conde no tardó mucho en salir por la puerta tras la barra y dirigirse a su mesa. Debí invitarles a irse, porque los creyentes se levantaron, en silencio, y salieron por la puerta principal. Cogió un par de vasos y se acercó a nuestra mesa. Se sentó al lado de Nene y nos invitó a beber con él. Yo estaba claramente incómodo.

— Muy buenas noches, caballeros. Te veo con mejor color, Ice. Y bonitos implantes. Un excelente trabajo.

Asentí con un gesto, humilde y dejé que mi mirada se perdiese en el vaso. Nene saltó al ruedo, así que imagino que sus implantes le habrían informado que yo no tenía el día. Sin embargo, era extraño. Quería hablar con el Conde, para eso había venido. Pero la conversación que iba a tener con él me obligaba a hacerme una pregunta que no me atrevía a responder... ¿tres vidas valían lo mismo que la mía? Sentía la música altísima, así que bajé el volumen de los implantes auditivos y me centré en beber, mirando mi vaso en completo silencio y dejando hablar a mi compañero.

— ¿Cómo ha ido el día, Conde? No te gusta la visita de la Iglesia, ¿eh? Un poco molestos, a veces parten la noche...

— Ya causaron problemas la última vez que estuvieron por aquí, y prefiero evitarlo. Son mala publicidad. Salió por todos lados, además... Lo último que necesita este local, y vosotros lo sabéis mejor que nadie, es que los ojos de la prensa estén aquí.

— Espera, Conde. Los problemas, ¿fueron el martirio aquel? Pensaba que había sido más lejos.

— Realmente lo fue, pero somos el único bar notable de la zona y habían pasado por aquí antes, las fuerzas de seguridad hicieron muchas preguntas...

Levanté la cabeza de la copa.

— ¿Qué fue el martirio?

Silver Nene no tardó en responder. Amaba contar ese tipo de cosas.

— Increíble, tío, increíble. Se volvió loco. Un tipo, un predicador, más cerca de la máquina

que del hombre, por lo que contaban las redes, ya te puedes imaginar. Un 20% de carne, e igual era mucho. El caso es que estuvo dando la tabarra toda la noche por las calles cercanas y por aquí. Empezó bien, vagabundos, repartió algunas limosnas y prometió más a aquellos que fuesen a alguna sede de la Iglesia, lo típico. Pero se acabó la hora feliz en muchos bares y comenzaron a salir los borrachos. Y te puedes imaginar, con la gente que frecuenta estos sitios, ya sabes como son. Se ponen vacilones, tío, muy vacilones. Si la mitad de los tiroteos que hay es por eso. ¿Te acuerdas de Velázquez, un tipo que venía por aquí algunos martes, ya sabes quién te digo...?

El Conde le cortó en seco, con seriedad, mientras apoyaba las puntas de sus afiladas uñas en la mesa.

— Pierdes el hilo, Nene. Prosigue.

Silver Nene se ruborizó un poco y retomó la historia original.

— El caso, es que uno de esos tipos, un pandillero de poca monta, un anarquista problemático algo conocido, se enzarzó en una discusión con él. Le insultó, le dijo de todo, que era lo peor que le había pasado a la meseta y que solo vendía humo y mentiras. Y llegaron a las manos. Bueno, a los cuchillos. El tipo sacó una avispa y se la intentó clavar al predicador...hermano Ibrahim o algo, se llamaba, ¿no Conde?

— Hermano Ibrahim, sí.

— Pues eso. Un golpe, directo al pecho. Pero el anarca no contaba con que bajo esa túnica, esa gente no es como nosotros, tío. La avispa se partió en pedazos al chocar con el esternón, que debería ser algún blindaje tipo militar. Ni un rasguño, tú. Cero. Y a todo esto, Ibrahim en silencio. El tipo se quedó de piedra. Pálido, dicen. Y ahí la cosa se puso fea. Fea de verdad. Ibrahim cogió al tipo del hombro, y lo arrodilló en el suelo mientras gritaba de dolor. Con la otra mano, sacó un tubo de debajo de la túnica y la manchó entera, mientras algo parecido a aceite, goteaba por todos lados. Humeaba, Ice, humeaba. La gente estaba acojonada. Ibrahim cogió el tubo, lo colocó en la cara de aquel tipo y solo dijo: *Para ver la verdad a veces es mejor no tener ojos, hermano*. Y con el propio aceite, le abrasó la cara. Sus gritos sonaron por toda la barriada, junto con un olor a carne quemada. Aquello fue...siniestro. Después, se marchó, dejando ahí a ese hombre, intentando llorar hasta que llegaron los sanitarios.

Me había quedado sorprendido por la historia.



— Pensaba que los miembros de la Iglesia eran más pacíficos. — Bueno, sabes como son, están muy cerca de perder la cabeza entre todas las drogas que se toman y lo poco humano que les queda. No comparten nuestra visión de la vida.

El Conde, que había pronunciado aquella frase, me resultó la persona más hipócrita del mundo. Nuestra visión de la vida... ¿Qué visión podía tener del mundo un hombre que viviría más que todos nosotros juntos? Debió notar algo en mi mirada, porque sonrió y se levantó de la mesa.

— Lo dicho, espero que no vuelvan, porque no me apetece tener problemas con ellos. Gracias por la historia, Nene. Disfrutad de las copas. Nos veremos pronto.

Algo en mí quiso detenerle y hablar con él, pero no pude hacerlo. Me quedé allí sentado, bebiendo con Nene hasta que el latino estaba casi desmayado sobre la mesa una hora más tarde. Mandé un par de mensajes a Lucia y Rat, por si podían venir a buscarle. Yo no pensaba salir de aquel bar sin hablar con el Conde, aunque me llevase toda la noche. Afortunadamente, no tardaron mucho en llegar. Para entonces, Siver Nene estaba ya algo más recuperado, así que no tuvieron problema en que saliese por su propio pie para tomar el aire cerca de la puerta principal. Quedábamos pocas personas dentro del bar. El Conde entraba y salía cada cierto tiempo de la parte trasera, así que aproveché ese tiempo para sentarme en la barra y esperarle. Se sentó a mi lado, con una sonrisa sincera que jamás había visto en él, tal vez, con tintes de triunfo.

— Antes de que digas nada...

No me dejó terminar la frase.

— No te preocupes, Ice. Entiendo lo que pasa por tu cabeza ahora mismo. Al final, así es la vida, siempre decisiones, siempre negociaciones. Pero no te preocupes, ahora tienes las opciones claras, puedes elegir libremente. Pero si estás aquí, solo, hablando conmigo, creo que tienes bastante claras tus ideas. Y sinceramente, por muchas ideas que te hayas hecho en la cabeza, no soy un ser cruel. No te diré nada de esas personas. Es mejor que permanezcan como simples desconocidos, más cómodo. Menos remordimientos, ¿no? Al final todo es valorar lo que queremos y lo que nos va a costar conseguirlo, querido amigo. Dale una vuelta.

La ropa inteligente del aristócrata iba mutando tonalidades para adaptarse a los cambios de

intensidad de los neones, provocando un efecto casi hipnótico al mirarlo fijamente. Dejé de escucharle durante unos instantes.

— ... Pero bueno, no te preocupes Ice, tomarás la mejor decisión, aunque no sea correcta, lo tengo claro. No te molesto más, tengo algunos negocios que atender. Espero que hablemos en otro momento, pero tranquilo...yo no tengo prisa.

El Conde se marchó de nuevo. Saltaron un par de notificaciones en mis redes privadas.

*//Aurora: Te veo...*

Miré alrededor del bar, hasta dar con ella sentada en una zona casi sin luces. Llevaba ropa cómoda, algo extraño en ella, que solía vestir de forma mucho más elegante. No llamativa, como Wish y sus modelitos que dejaban poco a la imaginación y partían cuellos por la calle. Elegante. Sin embargo, a pesar de que hoy no estaba totalmente espectacular, podría entrar en la mejor fiesta de etiqueta que se realizará. Con la mano, me indicó que me sentase cerca suyo, así que cogí una copa de la barra, mientras mis finanzas siguen en caída libre, y me acerqué.

— No quería interrumpir tu conversación con semejante figura. Me pregunto de qué habréis hablado... sabes que la curiosidad me mata.

— Nada serio, la verdad. Típicos cotilleos para ponerme al día de las noticias locales.

— Deberías mirar más las redes, Ice. Siempre te lo digo. Hay algunas privadas que seguro que podrían interesarte, puedo darte alguna invitación o hablar con los administradores.

— La verdad, prefiero que no. Bastantes cosas tengo en la cabeza intentando sobrevivir en este sitio de mierda como para preocuparme por las riñas entre cuatro bandas o que un corpo forrado se casa con una cría a la que dobla la edad.

— Uy Ice, pero es que esa es fuerte, ¿te has enterado de todo? Resulta que...

Mi mirada debió dejar bastante claro que no, no me había enterado de todo y tampoco tenía interés por hacerlo, así que Aurora cambió de tema. Se acercó a mí con una vez que más bien parecía un ronroneo.

— Me ha costado un poco encontrarte hoy, sabes. Pero tengo un trabajito que podría interesarte...es dinero fácil y no me apetece hacerlo sola. Podríamos ir al 60/40.

— ¿De qué se trata?

— Salen unas barcazas cargadas de baterías esta noche desde uno de los puertos. Unos

amigos quieren hacerse con una de ellas, nada complicado. Tendrán unos guardias de seguridad armados, pero no mucho más. Nosotros simplemente daremos el primer golpe y después, saldremos de allí

mientras ellos hacen el resto del trabajo. Entramos, desactivamos alarmas, avisos a central y nos vamos. El resto es cosa suya.

— ¿Esta misma noche?

— En varias horas, sí. Pasamos por equipo y nos ponemos a ello. Sacaremos bastante, Ice, te lo aseguro. Y si todo sale bien, seremos como fantasmas. Además, gran parte de la carga estará asegurada, no creo que haya una resistencia muy grande. Venga. Anímate.

La verdad, me apetecía. Un poco de acción con gente diferente siempre estaba bien. Y si era un trabajo fácil...pues mucho mejor. Me sentía bastante vivo, y el alcohol me había afectado un poco por lo que había bebido. Supongo que la esencia del Conde tenía algo que ver en todo ello. Le estreché la mano a Aurora y mandé un mensaje a Nene y a los demás avisando de que volvería tarde esta noche. Pagamos la cuenta y salimos del bar.

El coche de Aurora estaba fuera, esperando. Dela, en silencio, apoyada en la carrocería, jugueteaba con una pistola ligera, dejando claras sus intenciones de abrir fuego contra cualquiera que se pusiese mínimamente agresivo con ella. Me saludó con un gesto de cabeza y se metió en el asiento del conductor. Aurora y yo montamos detrás. A los pocos segundos, estábamos volando por las calles de Valladolid. No tenía ni idea de a dónde íbamos. El paisaje iba cambiando lentamente a medida que avanzábamos kilómetros, alejándonos del centro de la ciudad. Los edificios habían reducido considerablemente su tamaño y la vegetación crecía de manera natural en parterres, jardines y plazas, todo ello bien conservado, dentro de lo que se puede decir de esta ciudad. Pasamos por varias patrullas de agentes de seguridad. Yo iba nervioso, pero Aurora hablaba, tranquilamente, de las noticias del día. Supongo que estaría acostumbrada. Cruzamos la Plaza Mayor esquivando algunos coches estacionados en doble fila que recogían pasajeros. Las enormes banderas con los logos de las corporaciones energéticas y de seguridad locales colgaban de los balcones de los gigantescos edificios de metal y cristal perfectamente pulido, monolitos que se alzaban por encima del resto de rascacielos y con su inmensa sombra sumían las calles en penumbra y oscuridad, rota, únicamente, por las intensas luces de las farolas y los carteles publicitarios.

Nos alejamos del centro. Paramos ante un edificio pequeño, y por lo que se veía al exterior,

bastante seguro y elegante. Dela se quedó en el coche mientras Aurora y yo entramos por la puerta tras subir unas escaleras de piedra, blanca hace mucho tiempo, pero sucia ahora tras su uso y tras la contaminación. Nos recibió un equipo de seguridad. Claramente no eran del gobierno, aunque tampoco sería extraño que los de arriba comprasen mercenarios privados y anónimos para hacer sus operaciones encubiertas. No llevaban nada identificativo y sus cabezas estaban cubiertas por unos cascos negros tintados. Yo iba sin armas y me sentía en una ratonera. Aurora, con una preciosa sonrisa, sacó una tarjeta negra con filigranas doradas y un chip y se la acercó a los agentes. La leyeron, bajaron las armas y nos dejaron pasar. Aurora me miró y le envié una comunicación de radio.

— *Exactamente, ¿quiénes son las personas que te han encargado este trabajo?* — *Esas cosas son privadas, Ice. Ahora llega lo bueno.*

Al interior, el edificio era impresionante. Claramente, alguien se había dejado ingentes cantidades de dinero en hacer de él un refugio para aquellos que pudiesen pagarlo. Perfecta iluminación, siempre en sitios estratégicos que dejasen otros a en la penumbra más severa, mesas y sillas de maderas bien tratadas. Un cuarteto de cuerda tocaba una melodía clásica encima de una tarima y al fondo, una alargada barra de bar con varios camareros y camareras atendiendo a algunas personas. Yo desentonaba claramente en aquel ambiente lleno de ejecutivos, caballeros y damas de compañía, líderes de la mafia que no buscaban ocultarse ante nadie y militares condecorados. Por lo menos, Aurora iba bien vestida, pero a su lado, yo parecía un vagabundo. Me quedé ensimismado mirando las vidrieras que cubrían el hall principal, decoradas con lo que parecía algún tipo de historia épica. Intenté leer algunas escenas, pero cada pocos segundos, un pequeño apagón hacía que la ilusión desapareciera, dejando, por unos instantes, el feo techo de una nave industrial. Como todo en este mundo, al final era una fantasía. Nada tangible. No pude evitar reírme al ver a toda esa gente, perfectamente vestida y elegante, tumbando copas dentro de una ilusión barata que cualquier programador con unos buenos proyectores podía haber hecho en unos días de trabajo. Cruzamos el hall, rechazando amablemente a algunos trabajadores del sexo e inversores de riesgo, hasta bajar por unas escaleras que nos dejaron en la planta inferior. Por el tipo de gente que parecía reunirse en este sitio, no era de extrañar que todo el mundo buscara algo que llevarse a la boca, como esos pájaros que comen de los dientes de los cocodrilos. Pero me temo que nos han confundido con otras personas, amigos. Abrimos la puerta y entramos en una sala pequeña, pero bien iluminada y acogedora. Un par de sillones

de cuero esperaban junto a una pared, al lado de una reja metálica, gruesa y echada. Una campanilla acompañó nuestra entrada. Tras la reja se escucharon unos pasos y a los pocos segundos, unos ojos nos estaban observando a través de una mirilla. Aurora sacó la tarjeta y la dejó a la vista. Los ojos desaparecieron y la reja comenzó a enrollarse hacia arriba, lentamente. Lo primero que vimos fueron varias mesas amplias, todas ellas llenas de armas y munición perfectamente colocadas. Después, varias estanterías con equipo de protección, granadas, explosivos y diferentes piezas de implantes o equipo mecánico. Una mujer, con un vestido rojo, algo ajustado, se puso junto a su mercancía y nos saludó con una amplia sonrisa.

— Aurora, ¿no? Me avisaron de tu llegada, es un placer conocerte...

Su pelo, cubierto por mechadas formadas a base de vivos colores led, iba cambiando de tonalidad mientras hablaba.

— ...te he preparado un poco de todo, a ver qué os apetece. Déjame ver la tarjeta y vemos cómo vamos de presupuesto.

Aurora le tendió la tarjeta y sus ojos comenzaron a analizar de arriba abajo.

— Bueno, nada mal, nada mal. Hoy podré cenar carne, como se suele decir. Venid aquí e id curioseando.

Pedí al reconocimiento facial que buscara a esa mujer. Los datos que aparecían tardaron en cargar y muchos de ellos estaban en redes criminales a las que no tenía acceso. Parecía una traficante de armas de clase alta, pero no mucho más. Un historial más grande o un nombre en las calles hubiese aparecido rápidamente en mi búsqueda. Aurora, mientras tanto, hablaba con ella.

— Tiene que ser para un trabajo rápido y silencioso. No queremos a la prensa sensacionalista hablando de grandes explosiones ni armas de energía. Sencillito y elegante, ¿vale?

La mujer asintió y cerró con el talón las puertas de los armarios, dejando los explosivos fuera de nuestra vista. Fue pasando los dedos por encima de las mesas hasta llegar a la sección de rifles y cogió uno de ellos. Negro, con algunos toques metalizados y de cañón alargado...me sonaba haber visto alguno así en las calles. Lo analicé también. Aunque no era común, lo utilizaban algunas bandas de ejecutores y asesinos a sueldo.

— ¿Un S—XII? Debes tener buenos amigos. O peligrosos.

La mujer seguía sonriendo.

— Un poco de ambos. Lo conseguí como parte de un cargamento, propiedad de una triada que necesitaba equipo con urgencia. Nada mal. Si quieres probarlo, hay una galería detrás.

Aurora no se lo pensó dos veces. Cogió el rifle. La chica, con unas balas sacadas de debajo de la mesa, la acompañó por una puerta hasta la galería de detrás. Fui con ellas. No quería quedarme allí solo entre tanto instrumento mortal. Además, tenía la sensación de que había muchas cámaras observando aquella sala. Aurora comenzó a disparar a varios blancos en movimiento que iban apareciendo a lo largo de la galería. Debería llevar un sistema de supresión, porque al disparar, sonaba un simple silbido que se perdía en el aire y la llamada típica que desprendía los rifles de ese tipo era más bien una chispa. Después de vaciar un par de cargadores, Aurora se sentía satisfecha y puso dos en la lista de la compra. La hora siguiente se resumió en disparar a cosas, atravesar cosas y seccionar cosas. Salimos de allí con

varios cuchillos de vuelo, más delicados que aquellos que solías ver en las bandas locales y la verdad, lucían más mortíferos. Una cinta roja, delgada, decoraba la parte final del mango y al lanzarlo, cortaba el aire como una centella roja. Tenía un toque de belleza, pero no quería imaginarme la sensación de la pobre persona cuyo pecho se encontrase con aquella hoja. Después, munición de humo, aturdidora, y normal, los dos rifles y un par de capas de camuflaje estándar. No pagamos absolutamente nada, y mis dudas sobre los socios o socias de Aurora seguían en aumento. ¿Si podían pagar aquello sin inmutarse, por qué nos contratan a nosotros? Algo no me gustaba en todo el asunto. Al fin y al cabo, no son cuatro pipas compradas a un traficante de poca monta que tiene un puestito en su garaje. Aquello eran armas de calidad, hablábamos de jugar en las grandes ligas. No eran para una lucha nocturna por cuatro perras. Si un corporativo enviase a alguien detrás de otro rival suyo, seguramente llevaría un arsenal similar.

Salimos de aquel sitio con nuestras compras en unas maletas negras mate. Dela estaba esperando en el coche, pero un cuerpo, sucio y con manchas de sangre, estaba tirado al lado de la puerta del copiloto. Aurora no dijo nada, abrió el maletero y metió las maletas. Unas cuantas personas estaban observando la escena, hablando entre ellas, pero sin meterse en medio. Lógico, por otra parte. Con alguien así empuñando un arma, no conviene hacerse el

héroe.

— No voy a preguntar, Dela. Pero espero por tu bien que estuviese justificado. — Le dije que no se acercase más, se puso agresivo y sentí que estaba en peligro. Defensa personal.

Aurora se agachó y dio la vuelta al cuerpo sin vida. Un hombre de unos sesenta años, ya con los ojos cerrados y varios agujeros de bala, descansaba sobre la acera, que comenzaba a teñirse del rojo que escapaba entre sus ropas. Aurora lo miró y se levantó, claramente enfadada, hacia su amiga.

— ¡No tiene ni un solo implante! ¡No lleva armas! ¡¿Qué coño va a ser este tipo una amenaza para ti, Dela!? Joder.

La chica subió al coche. El reconocimiento facial mostraba que aquel tipo era un pobre mendigo que visitaba a menudo casas de caridad de la zona. No tenía familia, o si la tenía no estaba registrada en las bases de datos. Fue un acto egoísta, pero en el fondo, suspiré con alivio. De haber sido...eso...*alguien*, podríamos haber tenido un gran problema. Por lo menos, nadie querría vengar, a primera vista, a esta persona. Si algo sabía de la gente de la Meseta antes de llegar, es que son bastante leales a sus amigos y familiares. Por lo menos, la gente de las calles. De hecho, ese siempre fue mi gran miedo durante estos meses: que una pelea mala, un golpe con mala suerte dado por mi mano matase a alguien. Sabía que tendría que responder por ello y ni siquiera Silver Nene o Rat podrían ayudarme con ello. Escapar lejos, tal vez a Madrid, pero sería complicado... Si no eras miembro de alguna banda realmente importante, contabas con la aprobación de una familia de nómadas o la Iglesia te respalda, era mejor tener las manos dentro de los bolsillos si los ánimos se calentaban demasiado.

Envié un mensaje por las redes avisando a los empleados de los jardines y los invernaderos de que habíamos encontrado un cuerpo sin vida en la calle. No tardaron mucho en aparecer, doblando la esquina y dispersando a los últimos curiosos que quedaban allí. Les di todos los datos que tenía para ahorrarles la búsqueda y no alargar el proceso y se lo llevaron tras meterlo, cerrado, en la parte trasera de una furgoneta. Del polvo venimos... salimos de allí derrapando.

La noche se acercaba por encima de los edificios que se iban quedando atrás. Dela conducía a toda velocidad por un camino polvoriento, esquivando ruinas de casas que habían

quedado en desuso hace muchos años. Aquella tierra ya era salvaje y sobre todo, muerta. El cauce del antiguo río se podía intuir entre los montones de rocas y tierra erosionada, pero desde que las grandes corporaciones decidieron que era necesaria más energía, muchos cauces de los ríos que cruzaban la Meseta se convirtieron en secarrales gracias a las obras de ingeniería que conduciría el agua hasta las presas y centrales eléctricas. Ya nadie vivía aquí, lejos del agua y de la poca seguridad que pueden dar las barriadas centrales. Solo crecían algunas zarzas espinosas entre las grietas de la tierra, o algunos árboles, grandes y torcidos, cuyas raíces debían estar tan profundas que todavía eran capaces de acceder a las reservas de agua que quedaban muchos metros bajo la superficie. Dela siguió conduciendo hasta que nos envolvió la noche cerrada. Apagó los faros, guiada únicamente por sus mejoras de visión. A nuestra derecha, el nuevo río corría tranquilo unos metros más abajo y las granjas de sol volvían a dominar, a lo lejos, el paisaje. Dela aparcó el coche lejos de la rivera, cubierto tras unos árboles y matorrales que crecían bien poblados de hojas de tonos metalizados, seguramente debido a la contaminación que se filtraba desde el agua hasta la tierra cercana. Bajamos y abrimos el maletero. Cinco minutos después, estábamos listos. Dela y Aurora se dieron un abrazo y debieron hablar en sus redes privadas, porque sus ojos se movían de un lado a otro mientras se abrazaban con fuerza. De mí, se despidió con un gesto de cabeza bastante severo. Aurora y yo estrechamos las manos y comenzamos a bajar entre los matorrales hasta llegar a la orilla, cubiertos por las capas de camuflaje. Los rifles, ya con el seguro quitado, esperaban en silencio a nuestro lado. Ninguno de los dos decía nada. Esperábamos, en silencio, a que la pesada barcaza apareciese por el río. A nuestro alrededor, grandes juncos crecían sin control, rodeados de zarzas, hiedras y otros matorrales salvajes que ayudaban a impedir la línea de visión hasta nosotros. Aquí el aire era mucho más limpio, dentro de lo que cabe. Por lo menos, habíamos escapado de la pesada cúpula de contaminación que cubría el centro de Valladolid y hasta la temperatura había bajado un par de grados. Si no fuese un lugar tan inhóspito, no sería un mal sitio para hacer una madriguera, bien refrigerada en verano y con un calentador que permitiese soportar el invierno. Tendría que comentárselo a Wish. Además, en nuestro trayecto no habíamos visto ningún campamento de bandidos o saqueadores, ni siquiera restos de alguno, aunque esa gente sabía ocultarse perfectamente en la noche.

No tardaron en aparecer unas luces rojas sobre el agua. Aurora y yo, con un gesto



instintivo, nos echamos las capas sobre la cabeza y nos quedamos tumbados boca abajo. A gran velocidad, un par de drones escolta pasaron a nuestro lado. Nos quedamos muy quietos, casi sin respirar, viendo los rayos anaranjados del escáner ir barriendo las orillas y el agua. Después, se marcharon y siguieron su camino, analizando cada metro del río en busca de una posible amenaza. Nos quedamos allí unos minutos más, por si acaso hacían una pasada de vuelta. Por lo menos, la presencia de los drones demostraba que la información del contacto de Aurora era real y no una trampa o emboscada para quitarla de en medio por algún motivo que yo desconocía. Quince minutos más tarde, el ruido de los motores de la barcaza de transporte nos preparó para el asalto, mientras mi compañera me daba instrucciones por los implantes de audio.

— *Deja que pase. Cuando estemos sobre la mitad, nadaremos hasta allí y subiremos. Ten cuidado, Ice. ¿Vale...?*

— *Irá bien. No te preocupes. Ten cuidado tú también y deja las comunicaciones abiertas.*

— *El primero que llegue, que desactive las comunicaciones. Es una antena central en cubierta, se ve claramente. Un par de disparos al panel de control deberían servir. Después, nos podremos ir.*

— *¿Y la seguridad?*

— *Ya se encargarán ellos de los que queden. No quiero mancharme las manos más de la cuenta.*

La barcaza comenzaba a acercarse. Silenciosamente, Aurora se metió en el agua. Fui detrás de ella. Estaba helada y apestaba a químicos. Tuve varias veces la intención de vomitar, pero me contuve. Nos quedamos a unos metros de la embarcación, que se movía lentamente sobre el agua. Plana, con el logo de la compañía energética en el costado e imaginaba que un par de guardias hacían su ronda nocturna. La sala de máquinas, cubierta, en la parte de atrás, cerca de las pesadas hélices, brillaba bajo unas farolas. La escalera de mano para subir pasó a nuestro lado. La agarramos lo más silenciosamente que pudimos. Aurora, con el rifle en una mano, iba primero. Subió a cubierta y esperé su señal.

— *De momento, vacío. No veo a nadie.*

La capa de camuflaje, mojada pero todavía útil, hacía que su figura se difuminase entre la noche y los pesados cubos, de varios metros de altura que protegían las baterías de energía. Subí detrás de ella, lo más silencioso posible. Evitamos la luz de las

farolas.

— *Voy a ir a máquinas. Si dentro hay alguien, le pillaré por sorpresa. Tú busca la antena de comunicaciones y dispara al panel. Ve con cuidado, Aurora.*

Me despedí de ella con una mirada y avancé, pegado al borde de la barcaza, hasta la entrada de la sala de máquinas. El sonido del agua y los motores camuflaba el ruido de mis pasos sobre las planchas de metal. Vi a Aurora en la cubierta, agazapada tras las enormes baterías de energía almacenada que formaban un laberinto hasta la antena central, que sobresalía por encima de las carpas plásticas. A lo lejos, las luces rojas de los drones escolta volvieron a aparecer. Avisé a mi compañera, que con zancadas ágiles, se metió en la maraña de baterías y cableado. Yo no podía hacer más por ella, así que entré dentro de la sala de máquinas y me quedé pegado al muro. Los drones hicieron su pasada sobre la cubierta. Vi sus luces amarillentas atravesar la puerta abierta, pasando cerca de mi cuerpo, así que me pegué un poco más al muro y después, desaparecieron de nuevo en la noche. El sonido de las máquinas no me dejaba escuchar nada, así que avancé por una pasarela metálica, iluminado sólo por las pocas luces de seguridad que quedaban activas. Debajo de mí, la maquinaria se movía rítmicamente sin descanso, haciendo girar las enormes palas que empujaban la barcaza a lo largo del río. Busqué en la oscuridad, pero no parecía haber nadie, ni siquiera un mecánico de guardia por si las cosas se complicaban allí abajo. Me di la vuelta y caminé de nuevo hasta el exterior. La antena parecía estar en perfecto estado todavía. Supongo que Aurora estaría tomándose las cosas con calma. Las gigantescas baterías se interponían entre ella y yo, y meterme en el laberinto para buscarla sería una absoluta pérdida de tiempo. Decidí avanzar hasta el puente de mando en la parte superior. Volví por el borde, ya algo acelerado, con el rifle listo para abrir fuego. Escuché unas voces y me detuve tras una de las baterías. Parecían dos personas. No lo pensé. Me asomé por el lateral y disparé varias ráfagas. Silenciosas y mortales. Rápidas. No fue una carnicería ni una pelea callejera. Hubo, en el fondo, cierta compasión en aquellos disparos. Esa gente estaba haciendo también su trabajo, pero por desgracia, su camino se había cruzado con el mío y yo fui más rápido. Las dos personas se desplomaron en el suelo de la barcaza al recibir el impacto. Disparé un par de veces más para evitar problemas y me acerqué a los cuerpos, deseando que nadie hubiese escuchado los sonidos que había causado. Más de cerca, me sorprendí. No llevaban equipo militar de ninguna clase, solo un par de pistolas pesadas y unos cuchillos. De hecho, no parecían ni trabajadores corporativos.

— *Dos menos, Au. Pero esto es rarísimo. No llevan equipo militar. ¿Qué hacen aquí? ¿Mercenarios?*

Aurora no me respondía. Tardó un minuto en contestar. Mientras tanto, arrastré los cuerpos hasta dejarlos en una esquina bajo las escaleras, donde la luz de las farolas era casi inexistente. El reconocimiento facial no me decía absolutamente nada de ellos. O eran mercenarios de paisano, o claramente no eran de por aquí.

— *Perdona, he estado un poco ocupada. Aquí hay otros dos menos. Estoy con la torre ya, cortando el cableado. Pero sí, es extraño. Las baterías...muchas de ellas están vacías. O casi vacías, vaya. Deberían haber salido llenas. No entiendo nada, pero está casi listo. De hecho...está. Vámonos.*

Miré hacia arriba. La antena se apagó y dejó de brillar con esas luces verdosas que mostraban las comunicaciones activas. Respiré tranquilo y bajé el arma. Desde la orilla, vi dos fogonazos. Algo impactó contra la barcaza, cuya chapa saltó en pedazos. La explosión me derribó al suelo.

— *¡Au, sal ya!*

La mujer no respondía. Me levanté rápidamente y por el rabillo del ojo, vi dos fogonazos más. Me agarré lo más rápido que pude a una de las baterías cercanas y esperé el impacto. La explosión fue mayor esta vez, detonando unas baterías sobre cubierta. Escuché unos gritos y vi gente saltando al río desde el puente de mando. Parecían civiles. Algunos niños, mujeres. ¿Qué estaba pasando? Aurora seguía sin dar señales. Probé a buscar su ID en la zona cercana, pero me aparecía que no estaba activa. Me temía lo peor. Una tercera salva impactó en la sala de máquinas. El fuego comenzó a extenderse, al igual que los gritos, por la barcaza. La nave comenzó a escorar. Varias baterías se soltaron y comenzaron a arrastrarse por la cubierta. La explosión volvió a derribarme al suelo. Vi pasar a algunas personas ante mí. Corrían despavoridos y saltaban al agua. Algunos de ellos, en llamas, se revolcaban por el suelo. Intenté levantarme, sacudido por una nueva explosión, hasta ver como una de las pesadas baterías se desplazaba hacia mí rápidamente. Intenté arrastrarme, sin fuerza, lejos de su trayectoria. Bueno, tenía que pasar alguna vez. Cerré los ojos y centré mis últimos pensamientos en los olivos, los jardines florales y las olas del mar. Me pareció escuchar a las gaviotas a lo lejos mientras mis huesos se partían bajo las toneladas de las baterías industriales.

Me recibió una luz blanca. La pantalla de televisión narraba, a un volumen bastante alto, las últimas noticias. Estaba desorientado y claramente drogado. A mi lado, Silver Nene lloraba lágrimas de alegría y pronunciaba algo que no podía escuchar. Tardé unos minutos en entenderle perfectamente, tanto a él, como a la televisión.

— ... Y la engañaron, joder, la engañaron. Pobre Aurora, hermano...no se lo merecía. Ella siempre había hecho bien las cosas. Fue esa gente, lo tengo claro...

En la pantalla, un bien vestido alcalde se jactaba de la muerte de un grupo de inmigrantes que intentaban cruzar la Meseta tras haber robado una barcaza. Una mujer y un hombre, con los logos de empresas de seguridad y energía en sus solapas hablaban de una exitosa operación táctica para recuperar lo robado y salvar a los trabajadores de los piratas. No me cuadraba su versión. Nene, por fortuna, hablaba de ello sin parar.

— ¿Piratas? Hijo de puta. Hijo de puta. Eran simples refugiados, inmigrantes, esa barcaza no tenía nada, vimos los restos. Las baterías que quedaban por la rivera estaban vacías, no había nada. ¿Me estás diciendo que familias sin equipo militar podrían robar una propiedad corporativa así? Seguro que la compraron entre todos por nada de dinero para intentar salir de aquí... Joder, Ice, joder. Me alegra que tú al menos estés bien. Pero ellos... No pudieron ni mandar una señal de socorro, la antena de comunicaciones estaba destrozada. Pobres almas, hermano...

El latino se echó a llorar sobre mi pecho. Intenté mover los brazos, pero no podía. Ambos estaban fuertemente escayolados y mi cuerpo no respondía. Imaginaba que la cantidad de analgésicos que llevaba encima era terrible, así que dejé de intentar moverme y me quedé allí, en la cama, escuchando a Silver Nene hablar, mientras los sentimientos de devoraban por dentro. Por lo que me contaba, Aurora había muerto en una de las explosiones. No pudieron hacer nada para salvar su cuerpo. Y si hubiesen podido, la cantidad de implantes, mejoras y tratamientos médicos que habría tenido que pagar la habría condenado a las granjas de sol durante el resto de su vida. Era mejor así, supongo. A mí, Dela me encontró en el agua, con gran parte de los huesos destrozados por la pesada batería. Debí flotar hasta la orilla y me recogió antes de que mi ID se apagase del todo. Había estado en el hospital desde entonces. No quería imaginar lo que me había costado la vida. Intenté hablar, pero no podía articular palabra. Silver Nene no callaba. Intente mandarle un mensaje. Por fortuna, si podía utilizar los chats de redes. No di rodeos. Le pregunté por cuánto me iba a salir. El

latino, con cierta pesadez, empezó a hacerme una lista.

— Bueno... Sanguijuela ha tenido que hacer muchos trabajos. Reforzar la caja torácica, soldar huesos, poner algunos implantes internos, las piernas ha habido que remodelarlas enteras, pero las nuevas prótesis son envidiables... Es bastante Ice. No sé cómo vamos a hacerlo.

Yo no tenía ni idea y me temía lo peor. Igual podría salir de aquí con ayuda y trabajar bien para algún aristócrata, haciendo de todo... era una opción. No dije nada al latino y me quedé en silencio unos instantes, hasta que una voz educada cruzó la puerta de la habitación.

— No te preocupes por eso, Ice. Yo correré con los gastos. Cómo es la vida, al final, parece que toma las decisiones por nosotros...

Desde la puerta, el Conde sonrió con un brillo terrible en sus ojos mientras Silver Nene, desconocedor de la importancia de aquellas palabras, se tiraba casi sobre los zapatos italianos de aquel hombre y le agradecía todo lo que hacía por nosotros. Como una oveja dando las gracias a un lobo.

**LA MESETA HA CAMBIADO  
DROGAS Y TECNOLOGÍA  
DISPAROS Y FLUIDEZ  
YA NADA ES COMO ANTES**

**CYBERPUNK EN LA  
MESETA IBERICA.**

**RAPIDEZ**

**CONEXIÓN**

**DRAMAS**

**Y DUREZA.**

**ADENTRATE SIN MIEDO.**